

TerBi

Nº 12
Octubre
2017

Revista de la Asociación Vasca
de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Especial VII Concurso de Relato Temático
“Universos paralelos”

Con el relato ganador
Cuatro monedas y el fin del mundo
de *Claudio Alejandro Amodeo*

Incluye los 3 relatos finalistas

Experimento fallido de *Leonardo Roperó Serrano*

Robustos de *Félix Díaz González*

El anillo del lobo de *Julio Montero*

TerBi

Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Especial V Concurso TerBi de Relato Temático

Sumario

Fallo del VII PREMIO TEMÁTICO TerBi “Universos paralelos” 2017 ---pág. 3

Relatos premiados del Concurso TerBi

- Cuatro monedas y el fin del mundo--- *Claudio Alejandro Amodeo*---pág. 4
- Experimento fallido----- *Leonardo Ropero Serrano*-----pág. 29
- Robustos----- *Félix Díaz González*-----pág. 46
- El anillo del lobo----- *Julio Montero* -----pág. 57

Han elaborado este número

- *Ricardo Manzanaro*
- *Joserra Vila*

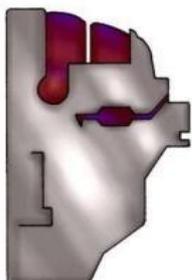
Portada de Geralt

CC0 Creative Commons
Gratis para usos comerciales
No es necesario reconocimiento

Los autores mantienen los derechos de sus obras.



[Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-SinObraDerivada 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)



**Fallo del VII Premio TerBi
de Relato Temático 2017
“Universos paralelos”**



En Bilbao, a 3 de junio de 2017, se hace público el fallo del VII Certamen TerBi de Relato Temático Fantástico “Universos Paralelos”

Se han recibido 212 relatos

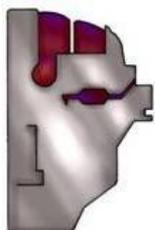
Tras deliberación, el jurado del premio acuerda:

Primero – Conceder el **VII Premio TerBi**, dotado con un trofeo conmemorativo, obra de Ángel Rodríguez, sobre un diseño de Ricardo Manzanaro, así como varios libros de la colección “Espiral Ciencia Ficción”, donados por su editor Juan José Aroz, al relato titulado “**Cuatro Monedas y el Fin del Mundo**”, recibido bajo el seudónimo de “**Orson**”, y enviado desde Argentina. Una vez abierta la plica, resulta ser su autor **Claudio Alejandro Amodeo**.

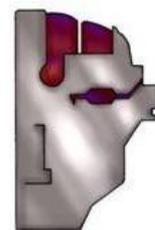
Segundo – Declarar como finalistas por igual a los siguientes relatos: “El anillo del lobo” de **Julio Montero** (La Coruña), “Experimento fallido” de **Leonardo Roper** (León) y “**Robustos**” de Felix M. Díaz (Canarias).

De acuerdo con las bases del concurso, se acuerda la publicación del relato ganador y de los finalistas en el próximo número del fanzine de la TerBi

TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror agradece el interés mostrado por los autores que han enviado un relato para el certamen, e invita a todos los escritores a participar en la próxima edición, cuyas bases se publicarán en el último trimestre de 2017.



**VII PREMIO TerBi 2017 de
Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror**



Cuatro monedas y el fin del mundo

Claudio Alejandro Amodeo

—Señor Reyes, antes que nada quisiera decirle que me ha fascinado su libro. Todos aquí lo hemos leído. La mentalidad del torturador, el sadismo con el que actuaba y esa capacidad de sentir placer con el sufrimiento de los demás...

El hombrecito hablaba rápido y con cada palabra parecía desahogarse de algo que lo consumía por dentro. Evidentemente, el discurso estaba ensayado, pero el énfasis que le otorgaba a sus palabras, no.

—En verdad lo ha leído usted.

—¡Lo he devorado! ¡Es una obra maestra de la psicología y de la literatura! ¡Jamás había sentido tanta empatía con un personaje...! Y menos aún, con uno tan siniestro.

El tono profesional había desaparecido y su lugar lo había ocupado el del más acérrimo de mis seguidores. El cambio no me sorprendía, así como no me sorprendía nada en la actividad cerebral de los hombres; esa actitud era común en los lectores corrientes, también en los colegas e incluso en importantes profesionales y académicos que disfrutaban de la literatura. Que el hombrecito que yo tenía delante fuera el director del hospital no hacía la diferencia.

—Algo que no alcancé a comprender totalmente es ese método de Introspección Conductiva que utilizan en el instituto —insistió.

—Es un procedimiento experimental que ha brindado buenos resultados. Los científicos lo explican bastante a fondo en el propio libro. Yo sólo he puesto mi trabajo literario.

—Es cierto, pero no logro comprender cómo se modifica la estructura neuronal sin destruir la personalidad.

Comencé a relatarle los detalles que recordaba del procedimiento, pero pronto me di cuenta que el hombre no me seguía. No había un interés médico real en escuchar mis palabras, sino uno puramente emocional. Era como una forma de extender las páginas del libro más allá del punto donde éste acababa. Algo similar a lo que uno espera encontrar en una entrevista o en una sesión de lectura. Aposté que si tomaba mi libro y leía alguno de los párrafos en voz alta, lo haría sentir el ser más feliz de aquella deprimente institución, pero no me dejé llevar por el ego.

—Imagino que no me ha llamado para hablar de esto, ¿no?

La expresión del lector fanático desapareció como por encantamiento y regresó la seriedad y compostura del director del hospital. Casi cabría presentarlo nuevamente: frente a mí estaba Timoteo Díaz, médico psiquiatra especializado en neurología. Era un hombrecito bajo y regordete y un ávido lector de ficción.

Se ajustó los lentes.

—No, no. Por supuesto. Lo he llamado porque tengo un caso que podría ser de su interés. Aquí, en una de mis salas, tengo un paciente con una historia que podría llegar a... inspirarlo.

Arqueé las cejas con fingida sorpresa y evité demostrarle que ya me lo esperaba, que ninguna otra cuestión podría haberlo motivado a contactarme.

—¿Y por qué está aquí el paciente?

Timoteo gesticuló, como quitándole relevancia al motivo.

—Ha matado a una joven. La ha estrangulado... Pero eso no es lo importante. Lo importante es su historia. Tiene que escucharla. Venga, lo llevaré con él ahora mismo.

Otro criminal, pensé, y un crimen bastante común. La respuesta me desilusionó un poco, pero ya que había viajado tanto para llegar hasta allí esa mañana, accedí a sus deseos y lo seguí.

Los pasillos, como todos los de los sanatorios psiquiátricos que he recorrido, olían a una combinación de aromas conocida: grasa, aceites, medicamentos, orines tal vez, todo medianamente enmascarado por una leve fragancia a pino. Clásico. Al menos lucían limpios.

—Se llama Bruce Tanner y es estadounidense.

—¿Estadounidense?

—Sí, así es. Pero ha vivido en nuestro país durante muchos años y ha aprendido muy bien el español. Tiene una esposa y dos hijos varones jóvenes. Ellos estuvieron aquí durante el juicio y regresaron a Estados Unidos hace poco tiempo. Estaban destrozados. No podían creer la historia que él repetía una y otra vez.

—Y entonces, ¿por qué deberíamos escucharle nosotros?

El hombre torció la boca.

—¡Je! Ya lo verá.

Me detuve con gesto ofuscado. El director se volvió hacia mí.

—¡Déjese de tanto misterio, hombre! Si voy a entrar a una celda y hablar con un loco quisiera, al menos, saber de qué se trata.

—¡Es que no es un loco! Esa es la cuestión.

Abrí la boca. Al hombrecito pareció agradecerle mi desconcierto.

—¿No?

—No. Su historia es un delirio, desde ya, pero él no está loco. Finge. No es un gran actor, pero le alcanza para convencer a la junta médica. Y yo no digo nada.

—Quiere evitar la cárcel.

—Por supuesto. Su abogado se lo recomendó. Y como aquí tengo lugar de sobra, no me molesta. Al contrario, me encanta su historia. Y la tenía guardada para usted, señor Reyes, para un nuevo libro.

Ante tanto halago no pude menos que agradecer y cedí en mi actitud de enfado.

—¿Cuánto hace que está aquí?

—Tres meses. Mató a la chica hace seis. El asunto está bastante fresco.

Avanzamos un poco más y nos detuvimos frente a una puerta custodiada por un guardia. Lo miré. Estaba armado con una escopeta.

—No se preocupe. Son las medidas de seguridad estándares para con los criminales. A pesar de todo, Bruce no es una persona peligrosa.

El guardia abrió la puerta y pasé al interior de una habitación fuertemente iluminada. La luz solar, a través de un ventanal elevado, bañaba un catre ordenado y una mesita de noche con un libro abierto. En el centro de la sala había otra mesa más grande, tras la cual estaba sentado Bruce. Tenía la camisa de fuerza colocada y bebía de un vaso opaco a través de una bombilla, con notoria dificultad.

Me senté frente a él en otra silla y lo saludé. La mirada de Bruce era intensa. No había notas de la inseguridad propia de los internados. Recordé que el director no lo consideraba loco y decidí adoptar una postura un poco más relajada que la acostumbrada con pacientes psiquiátricos.

—Hola, Bruce. Mi nombre es Nicolás Reyes y soy escritor. ¿Puedo intercambiar algunas palabras contigo?

—Por supuesto. Yo soy el primer interesado en contarle mi historia. Ya lo hice con *Timoty*, pero él sólo ve ficción en mis palabras. Por eso está usted aquí.

—Es verdad. Y me ha recomendado tu historia. Supongo que depende de ti cómo la calificaré yo.

Bruce no se molestó. Podía notar mucha confianza en su interior.

—No importa cómo la califique; ello no la hará menos real.

Metí una mano en el bolsillo interno de mi chaqueta y extraje un teléfono móvil. Activé el grabador de audio y lo deposité en el centro de la mesa.

—Permiso. Espero que no te incomode.

—Más incómodo que con esta camisa no podría sentirme. Además, ¿cómo habría usted de corroborar mis palabras si no las recordara bien? Grábelas, por supuesto. ¡Eso podría salvar la vida de mucha gente!

Delirios de grandeza, no empezábamos bien. El noventa por ciento de los pacientes que había consultado en mis investigaciones lo padecían. Nadie quería cuidar la salud de una pobre anciana, no. Todos querían salvar al mundo.

De todas maneras, evité demostrar lo que pensaba y aguardé en silencio.

—Ya sabe que mi nombre es Bruce Tanner y le habrán dicho que soy de Estados Unidos de América y que tengo esposa y dos hijos. Ellos me esperan en casa y mantienen viva la esperanza. Resulta casi mágico que así sea, ¿sabe? No siempre fue así. Hemos llegado hasta el punto de perderla por completo...

»Empezaré desde el principio.

»Nací en el estado de California, en el año 1977, en un pueblito de casas bajas llamado Ridgecrest. Mi padre era Ingeniero Naval y trabajaba en la base de Armas, al norte de la ciudad. Era un buen profesional. Ganaba mucho dinero y dedicó buena parte de él para que mi hermana Nancy y yo pudiéramos estudiar. Ella optó por un doctorado en ciencias biológicas y yo decidí seguir los pasos de mi padre. Ya sabe, la ingeniería era el futuro.

»Gracias a mis estudios, viajé por todo el mundo. Trabajé varios años en Sudamérica y más tarde en Francia y España. De ahí que hablo el español de forma tan natural. Me casé en España, en Galicia, y tuve dos chavales que eran mi locura.

»Cerca ya de mis cuarenta años actuales decidí regresar a América y compré una casa en el pueblo que me viera nacer. Nos afincamos en San Francisco, pero íbamos a Ridgecrest para la navidad y durante parte de las vacaciones. Mi madre aún vivía allí.

»Fue por eso que la Tercera Guerra Mundial nos encontró tan alejados de las zonas de bombardeos directos...

—¿La Tercera Guerra Mundial, dices? ¿Cuándo ocurrió eso que no me he enterado?

Bruce me dedicó una sonrisa amarga.

—Hace menos de un año. Durante la primavera de 2016.

Estuve tentado a reírme, pero logré guardar la compostura.

—¡Qué extraño! ¡No sabía nada de tal guerra!

—Eso es porque aquí no ha ocurrido... Se podría decir que se han salvado gracias a un buen polvo.

—No entiendo. ¿No ha ocurrido aquí, en nuestro país?

—No. No ha ocurrido aquí, en este Universo.

No pude evitar reaccionar.

—¡Oh, vaya! ¡Entiendo!

—No, no entiende. Aquí es donde todos mis oyentes creen que lo invento, que miento, pero es la verdad, yo lo viví. La guerra se desató aquí, en España, y se extendió por todo el mundo en cuestión de horas. Fue una verdadera guerra relámpago. Ignoro el número, porque todo tipo de comunicación desapareció en pocos días, pero la mayoría de las ciudades importantes fueron atacadas. Para sus habitantes, la muerte fue violenta e inmediata; para nosotros, fue una agonía.

»Luego del bombardeo, lo verdaderamente letal fue la inmensa nube radiactiva que cubrió el mundo. La sentimos llegar como una enorme ola helada. Te envolvía como una bata y a los pocos segundos todo tu cuerpo comenzaba a arder. Nos llenábamos de ampollas y llagas rápidamente. No importaba cuán bien selláramos puertas y ventanas, la radiación atravesaba todas las barreras. Éramos monstruos.

»Las primeras muertes fueron a causa de problemas respiratorios. La gente comenzaba tosiendo sangre y finalizaba en un punto donde no podía soportar el aire en sus pulmones. Mi esposa murió así. Mis hijos, en cambio, soportaron más. Ellos se encargaron de cuidarnos y aprovisionarnos de alimentos enlatados. Ellos hicieron más liviana nuestra agonía. Por eso la radiación se ensañó más con sus cuerpos. La piel se les caía a pedazos...

Su voz se quebró y sus ojos se colmaron de lágrimas. Tenía los brazos dentro de la camisa de fuerza y no podía cubrirse el rostro. Bajó la vista y sacudió su cabeza, ahogando un grito. Casi pude sentir su dolor.

Lo interrumpí para evitar que rompiera en llanto.

—Pero ¿dónde están las llagas?, Bruce. ¿Cómo es que estás aquí, vivo y sano?

Su rostro se recompuso de a poco. Sorbió un poco de agua de la bombilla y buscó aclarar su garganta.

—Yo viajé...

—¿Desde ese mundo al nuestro?

—Así es. Desde un universo paralelo hasta éste... ¡Sé que suena descabellado, pero es la verdad! ¿Qué gano mintiéndole? Ya estoy en un loquero, después de todo.

—Está bien. Digamos que te creo. ¿Cómo hiciste para viajar?

—Antes de morir, Javier, mi hijo mayor, me cargó en la camioneta y condujo como endiablado hacia un sitio donde alguien le había dicho que hallaríamos auxilio. »Mi cuerpo estaba muy deteriorado y apenas podía moverme. El lugar era montañoso y estaba relativamente cerca. Yo lo conocía porque de niño me gustaba acampar al borde del río. Kern estaba desolado. Lloré mientras mi hijo me cargaba hacia el pie de un monte cercano. Fue al ver cómo se encontraba el río que supe que nuestro mundo estaba condenado. Ningún pez nadaría en esas aguas durante muchísimos años.

»Entramos a una caverna colmada de refugiados. Todos estaban gravemente enfermos. Le pregunté a mi hijo por qué creía que nos salvaríamos allí y no supo qué responderme. Lamenté haberlo dicho. Hubiese deseado que mis palabras fueran menos agresivas, pero así estábamos todos: iracundos, cargados de odio y dolor.

»A la mañana siguiente Javier murió. Su cuerpo dijo basta. Y yo lo sobreviví...

»Eso no debería ocurrir, ¿no es así? Los padres no deberíamos sobrevivir a nuestros hijos.

—Es verdad. No debería ocurrir, Bruce. Pero la vida está llena de injusticia y misterios.

—Entonces usted entenderá por qué decidí acabar con mi vida. A pesar de todos los esfuerzos de mi hijo por ponerme a salvo, no lograría vivir allí por mucho tiempo. No quería quedar postrado como los otros y agonizar por semanas. Me adentré en la caverna y busqué algún hoyo profundo donde arrojarme. Tenía que asegurarme que la caída fuera lo suficientemente dura como para matarme.

»Y entonces escuché que alguien me llamaba. En la oscuridad de la caverna apenas pude distinguir una silueta. Me acerqué y descubrí que era un anciano moribundo. Cuando me aproximé comenzó a hablar, como si hubiera estado esperando que alguien llegara. Dijo llamarse Lázaro y que debía contarme un secreto antes de partir.

»Yo no tenía nada que perder y ya estaba sin fuerzas, así que me senté a su lado y lo escuché. Lázaro habló de mitología griega y de la acuñación de las primeras monedas. Yo conocía algo de lo que mencionaba y no estaba seguro que todo fuese cierto. De todas maneras carecía de fuerzas para retrucarle nada. Dijo que la costumbre de colocar una moneda debajo de la lengua de los muertos no era sólo para pagarle al barquero el cruce del Estigia hacia el Hades. Y que el Hades no era el infierno, sino otro mundo donde podíamos seguir viviendo. También dijo que la cantidad de monedas estaba mal indicada y que no se trataba de cualquier tipo de monedas.

»Extendió una mano hacia mí y me mostró unas cuantas. Sólo le hacían falta cuatro, me dijo. El resto me las regalaba. Finalmente me mostró una píldora de cianuro y dijo que sería bueno para “acelerar el trámite”. Al verla pensé en robársela y terminar con mi sufrimiento. Me importaba poco su destino, sólo quería aliviar mi dolor. El viejo pareció leerme el pensamiento y la alejó de mí. Luego comenzó a tragarse, una a una, las cuatro monedas y me estrechó la mano. Tienes que imaginar un mundo hermoso, me dijo, ése es el secreto. Luego de estas palabras mordió la píldora de cianuro y falleció al instante.

—¿Y paso algo extraño? —pregunté para acelerar la resolución del discurso.

—Nada. A mi lado sólo había un viejo muerto. Un viejo loco y muerto. Sin embargo, el viejo tenía más monedas y quizás tuviera más pastillas de cianuro. Lo revisé y las hallé. Me alegré infinitamente al hacerlo. Uno se siente omnipotente cuando sabe cómo ha de acabar el dolor. Tanto que se puede permitir retrasar el final unos minutos más.

»Miré las monedas que me había regalado Lázaro y me tragué una. No fue difícil, no era una moneda grande. Hice lo mismo con otras tres y esperé un poco. No me pasaba nada raro. Mi cuerpo seguía siendo un despojo y todo me dolía. Nada había cambiado. Rompí la píldora de cianuro con los dientes y cerré los ojos. Mi último pensamiento antes de morir fue el recuerdo precioso de una tarde de verano con mis hijos, meses antes de la guerra nuclear.

»Y de pronto estaba en un túnel oscuro. Mi cuerpo era muy liviano y parecía flotar sobre la superficie del agua. Miré en derredor, pero no localicé al barquero. Estaba solo y parecía no tener pies. Sin embargo, me movía. Adelante había luz y hacia allí me dirigía. Era la famosa luz al final del túnel, el paso entre dos universos paralelos.

»Cuando llegué al otro lado fue como despertar. Estaba recostado sobre una cama, en una habitación que me era muy familiar. Era mi casa, sin dudas. Aunque no todo parecía estar en su lugar. Los colores de las paredes estaban cambiados. Los acolchados, el mobiliario y

hasta las ropas que hallé en el armario eran distintos. Pero los reconocí como propios. Era una sensación profunda, que me ligaba a esas cosas. Y recién entonces comprendí la magnitud del milagro que me había ocurrido. Grité los nombres de mi esposa y de mis hijos y ellos vinieron a mí, preocupados por mi profunda exaltación. Estaban allí. Estaban de vuelta. No podía creerlo.

—A ver si comprendo bien, Bruce. Me dices que en este Universo al que has llegado, tu familia está viva y nunca ha habido una Tercera Guerra Mundial. ¿Es correcto?

—Así es. Hay muchas diferencias entre ambos universos, pero esas son fundamentales.

—Y si es tan maravilloso este nuevo mundo y esta nueva oportunidad de vivir con tu familia, ¿por qué has matado a la chica, Bruce?

Mis palabras estaban estudiadas. Tenían la entonación y el tiempo adecuados para producir un efecto demoledor en la psiquis del interno. Sabía que tendría éxito.

—¡La muerte de Ludmila...! Sí, eso fue necesario. ¡Pero espere que le cuente! No obtenga conclusiones apresuradas. Ya verá que lo que hice fue por el bien de mi familia y del mundo en general.

»Ludmila Sveleva era una jovencita estudiante de periodismo que vivía aquí mismo, en Barcelona. Era tan joven y delicada que parecía imposible que en mi universo ella hubiera sido la culpable del conflicto bélico más atroz de nuestra historia. Pero lo era. Durante los primeros meses del baño de radiación, la gente de mi pueblo no hacía otra cosa que buscar contactarse con otras ciudades y saber qué había ocurrido en ellas. Como le dije, las comunicaciones murieron durante los primeros días, pero aun así recibimos noticias. Mucha gente, que tenía familia fuera de Ridgecrest, decidió arriesgarse e ir en su búsqueda. Era un periplo difícil e infructuoso. En las grandes ciudades pocos habían sobrevivido.

»Algunos de ellos regresaron a Ridgecrest y trajeron consigo alimentos, combustible y vestimenta, y los repartieron en el pueblo con aquellos que los necesitaban. El señor Bridges trajo consigo algo más, algo que nos sorprendería a todos. Un periódico español. Se trataba de un ejemplar de El País que databa de pocos días después del comienzo de los primeros ataques terroristas. Allí la nota contaba con lujo de detalles cómo había comenzado todo el conflicto. El señor Bridges me trajo el periódico a mí porque era el único capaz de leerlo sin

errores. Quería saber quiénes habían sido los culpables de presionar el botón rojo, si nosotros o “ellos”.

»Al leerle la nota, el señor Bridges se sintió traicionado. No habíamos sido nosotros ni ellos. Había sido una jovencita estudiante de periodismo llamada Ludmila Sveleva. Tenía una obvia ascendencia rusa, lo que fue suficiente para que el señor Bridges concluyera que habían sido los rusos los culpables.

»La nota explicaba que Ludmila era la guionista de una tira cómica que se había publicado recientemente en una famosa revista de Cataluña. La tira cómica estaba motivada por el movimiento feminista y tenía el mal tino de utilizar la figura de Mahoma en una situación que lo ridiculizaba.

—Charlie Hebdo.

—¿Qué? ¿Cómo dice?

—Que eso ocurrió con la revista Charlie Hebdo, Bruce, en Francia, en enero de 2015.

—No sabía nada de eso.

—Ocurrió tal como tú lo cuentas. Y hubo un ataque terrorista que finalizó con doce personas muertas. Veo mucha similitud con tu historia.

El rostro de Bruce se descompuso. Por primera vez, estaba contra las cuerdas.

—¡Espere! ¡Yo no sabía nada! No creerá que inventé toda mi historia.

Fruncí los labios. Sabía que ese gesto lo haría desesperar aún más.

—¿Por qué matarla si no había habido una guerra, Bruce?!

—¡Porque si se lo permitía, ella la volvería a desencadenar! Estas malditas cosas son recurrentes, señor Reyes. Tenía que asegurarme.

—¿Y entonces dejó a su feliz familia y viajó a España para matar a una jovencita?!

—No fue de inmediato. Cuando vi que la fecha del inicio de la Guerra había pasado sin noticias creí que estábamos libres. Pero no podía estar tranquilo con lo que sabía. ¿Lo estaría usted? Si supiera que su vecino fabrica la bomba en su sótano, ¿no haría nada?

—¡Pero Ludmila no fabricaba una bomba!

—Lo hacía. Créame. Luego de un mes de la fecha indicada no pude soportarlo más y vine a Barcelona para encontrarme con ella. Sólo quería charlar, descubrir cuánto de distinto tenía este universo del mío. La llamé por teléfono y le hablé en inglés. Le hice creer que era el editor de una importante editorial británica y que estaba interesado en publicar las ideas del nuevo periodismo independiente. Fue muy fácil seducirla con el tema. Nos encontramos en un café y hablamos de nuestros proyectos, pero en ningún momento dijo nada sobre su guion satírico. Estaba a punto de retirarme cuando hizo la broma del polvo y me quedé perplejo. Me dijo que por culpa de su novio no había llegado a tiempo para presentar una tira cómica para una revista y se le ocurrió que podría enviármela para que le echara un vistazo. Quizás en Inglaterra pudiera publicársela. Le dije que me sentiría honrado y que la esperaba con ansias.

»Esa misma noche recibí el email que me haría tomar la trágica determinación de asesinarla. No podía permitir que una guerra nuclear destruyera a mi familia dos veces. ¡No podía soportarlo! ¿Me entiende, Reyes? ¿Ve por qué lo hice?

Negué con la cabeza repetidamente mientras pensaba. Bruce no estaba loco, y era un asesino.

—¡Tiene que creerme! ¡Tiene que hacerlo!

—Los universos paralelos no existen, Bruce. Sólo existen en nuestras fantasías.

—No es verdad... ¡Aquí, aquí! ¡Vea!

Bruce se sacudió hacia un lado y me señaló la mesita de noche y el libro que descansaba sobre ésta.

—Tome el libro. Mire al final. ¡Hágalo, por favor!

Me levanté y me acerqué al libro. Era una novela histórica. Giré las páginas y llegué al final. Allí encontré dos pequeñas monedas doradas. Las removí cautelosamente con el índice.

—¡Esas son las monedas que me diera el anciano! ¡Las vomité pocos minutos después de llegar a este universo! ¡Levántelas, vamos!

Hice lo que me pedía y noté que pesaban más de lo que aparentaban.

—Son monedas de electro. Oro y plata en una proporción 80-20. Pesan exactamente 4,7 gramos cada una.

—Ya veo. Creí que debían ser cuatro.

—Así es. Pero sólo recuperé esas dos. Las otras quizás aún estén en mi estómago... o el barquero se las haya quedado como precio por cruzarme...

—Sí, claro. El barquero. Es una buena historia, Bruce. Y puede que me interese escribir sobre ella. Te agradezco que me dedicaras tanto tiempo.

Coloqué las monedas en su lugar y cerré el libro. Luego tomé el teléfono de la mesa y detuve la grabación.

—No se irá así, sin más —las palabras de Bruce sonaron preocupadas—. Al menos diga que me cree.

Volví a mirarlo y noté en sus ojos que no era eso, precisamente, lo que quería de mí. Me crucé de brazos delante de él.

—¿Quieres salir de aquí?

Su rostro se iluminó como toda respuesta.

—Pero irás a la cárcel.

—No. Sólo necesito dos monedas más.

—¿Qué?

—Lo que quiero es que me traiga dos monedas más. Dos electros de 4,7 gramos. Deben tener una proporción 80-20 o no me servirán.

El pedido de Bruce me desconcertó. Ya me había formado la idea de que él no estaba loco. No sabía qué pensar.

—Ya veo...Quieres viajar otra vez.

—Tengo que estar seguro.

—Pero ya tienes esas otras dos en tu estómago, ¿no?

—No lo sé. No lo creo. Tal vez. Después de tanto tiempo no parece posible. Tendría que sentir las... No sé qué pasaría si viajara sólo con dos.

Sus respuestas se tornaban cada vez más insensatas. Por alguna razón, Bruce había decidido comenzar a actuar como un loco. Quizás había hablado de más.

—Déjame pensarlo —le dije y me alejé hacia la puerta—. Si finalmente publico el libro te traeré tus monedas...

—¡Por favor! ¡Le daré el email a cambio!

Me detuve de golpe y me di la vuelta.

—¿El email de Ludmila, con la sátira?

—¡Ese mismo! Aun lo tengo en mi cuenta.

—Y ¿cómo me lo darías? Tú estás aquí dentro.

—Le daría la contraseña. El email es uno de los últimos que he recibido.

Debo admitir que la propuesta me tentó. De existir ese email, que evidentemente no había secuestrado la policía, me sería muy útil para terminar de armar el rompecabezas y comprender la historia.

—Lo pensaré —respondí definitivamente—. Y cuando lo haga, volveré.

—¡Por favor! ¡Por mi familia! ¡Deme otra oportunidad y lo haré mejor!

Golpeé la puerta con los nudillos y el guardia me abrió desde fuera. Al salir me encontré con el rostro impaciente del director Timoteo Díaz. Me había esperado todo ese tiempo allí, detrás de la puerta.

—Y bien, ¿qué le pareció?

—Bruce es un personaje interesante —dije con algo de displicencia para no mostrarme demasiado impactado—. Pero su historia es un disparate... No estoy seguro de querer hacerlo. No suelo escribir ciencia ficción.

—Es una buena historia. Tiene posibilidades... Usted escribiría un gran libro con ella.

Por supuesto que lo haría. Ya en mi mente estaba diagramando una historia de intrigas y crímenes motivados por la amenaza de una posible guerra nuclear. No podía esperar a ponerme con ello.

—Puede ser. Tengo que pensarlo un poco. Ver el enfoque... y esas cosas—continué y eché a andar—. No es fácil.

—Sí, por supuesto—respondió Timoteo volviendo al papel de lector fanatizado—. Sé que es un proceso lento y que necesita más información. Yo estoy dispuesto a brindarle toda la ayuda que esté a mi alcance. Si desea volver a entrevistarse con él... no tiene más que pedírmelo.

—En verdad se lo agradezco, señor Díaz —le dije y le apoyé una mano sobre un hombro—. Si este libro se publica, le aseguro que usted estará en los créditos.

Sus ojos brillaron y su voz tembló.

—Sería un gran honor para mí.

Caminamos hasta su despacho y allí el director me ofreció una copia del expediente policial del crimen de Ludmila.

—Esta copia la conseguí de contrabando —me confió con una sonrisa pícaro—. Ya ve que la historia de Bruce tiene toda mi atención.

Asentí y acepté la copia.

—El agradecimiento será mucho más importante. Quizás hasta lo agregue en las dedicatorias.

El hombrecito no cabía en sí mismo. Se sonrojó y comenzó a murmurar, avergonzado. Aproveché la situación para excusarme y le prometí que lo llamaría nuevamente.

Luego de una interminable despedida, logré salir del hospital y volver a casa.

En el camino de regreso en el Ave hice una llamada a mi editor. Le conté la historia rápidamente y la idea que tenía para adaptarla y quedó tan fascinado como yo. Es tu loco perfecto, me dijo, y tenía razón. Después del gran éxito que representó Torturador, era difícil mantener la vara tan alta. Con Cuatro Monedas y el Fin del Mundo podría lograr un éxito similar. Bruce era mi nuevo sociópata y su historia, literalmente, una bomba.

Luego llamé a mi agente y le pedí que contactara a la familia Tanner por mí. Le expliqué el suceso policial y le prometí un pago extra. Fingió ofenderse por el dinero, pero no lo rechazó en ningún momento. No se lo hice notar. Así estaba bien. A veces era mejor guardar las apariencias para que las cosas marcharan.

La última acción debía realizarla yo, y no era demasiado compleja. Un par de búsquedas en internet y la cruce de datos con el padrón de teléfonos móviles que me

consiguiera mi amigo Walter Shaun, de la policía Madrileña, y ya tenía el número que necesitaba. Llamé una vez, pero nadie contestó. Después de pensarlo un rato, le envié un mensaje sencillo donde me presentaba y le hablaba de mis deseos de escribir un libro.

Al llegar a casa, mientras cruzaba la puerta de mi apartamento, el móvil comenzó a sonar. Era él.

La charla fue de apenas un par de minutos, pero lo suficientemente exitosa como para movilizarme de inmediato. El muchacho se llamaba Adriano Centenera y se presentó a sí mismo como un hombre muy pragmático. Dijo estar interesado en obtener algún dinero con la historia y me hizo un par de preguntas sobre cómo se cobraría su participación cuando el libro se publicara. Le di respuestas un tanto ambiguas, insistiendo en que debíamos vernos cara a cara y que lo acordaríamos entonces.

El lugar elegido fue un bar andaluz en Málaga, la ciudad donde él se había afincado luego del crimen y desde donde intentaba retomar sus estudios.

Cuando nos encontramos y estreché su mano, supe de inmediato que el joven me diría todo lo que sabía, pero por el precio adecuado. Lo vi en sus ojos, como cuando uno conoce a un importante comerciante o a un empresario. Había mucho de negociación en su mirada.

—No quiero hacerle perder el tiempo, señor Reyes —me dijo apenas nos sentamos a una mesa—. Si no hay dinero para mí, no le contaré gran cosa.

—Entiendo tu postura, Adriano. Pero te recuerdo que en el expediente policial ya hay mucha información del caso. Lo que tú puedas agregar debe valerlo.

—Lo vale. Se lo aseguro.

Practiqué una media sonrisa y lo alenté a hablar.

—Tengo algo que le interesará. Mucho.

—¿Algo de tu novia? —aventuré.

Afirmó con la cabeza.

—Ella estudiaba periodismo y publicaba algunos guiones de historietas junto con otros dibujantes, en diferentes revistas.

—¿Un guion satírico que le dijiste a la policía no poseer?

—El mismo—respondió con firmeza—. No lo poseía entonces, pero lo rescaté de un respaldo de su ordenador personal.

Un nudo se instaló en mi estómago. Intenté ocultarlo.

—Entiendo. Sería interesante echarle una mirada al trabajo que le causó la muerte a esa joven. ¿Cuánto quieres?

Adriano se inclinó hacia mí.

—Diez mil euros.

—¿Cómo? ¡Es demasiado!

—No lo es. Este material lo vale. ¡Se supone que podría hacer estallar una guerra definitiva!

Me reí con ganas. A mi alrededor la gente se giró para vernos. Adriano se replegó en su asiento.

—Es el relato de un loco. Yo escribo ficción, Adriano, fantasía. Si fuera a creérmela me haría internar...

—¡Está bien, está bien! Pero es valioso. Deme ocho mil y es suyo.

—¡Que no! Ni diez ni ocho. Yo puedo inventar lo que se me antoje sobre ese guion. No es importante su contenido sino su propia existencia.

—Muy bien. Entonces se lo ofreceré a alguna de las revistas de Ludmila. Ellos sabrán valorarlo.

La respuesta me cortó el aliento. Una sonrisa asomó en sus labios.

—Sería un éxito de ventas —acotó Adriano—. Lo sé. Imagínese cómo lo publicitarían: “El guión que le valió la vida a Ludmila Sveleva...” O mejor aún, hablaría con los dibujantes y ellos crearían la tira cómica que debía ser. Las revistas se pelearían por un material así.

—Te daré mil y es mi única propuesta.

—¿Mil? ¡Me ofende!

—Es todo.

Adriano se puso de pie bruscamente. Presentí el fracaso de las negociaciones.

—¡Tendrá que leerlo en las revistas, Reyes! —exclamó—. ¡Quizás venda más que su propio libro!

El joven salió del bar con resolución y se perdió de vista. Era un *bluff*, ya lo sabía, pero había perdido una oportunidad única de hacerme con ese material. Si él hubiera evaluado presentarlo a las revistas, no habría hablado conmigo jamás. Era demasiada coincidencia que mi oferta llegara en el mismo momento en que él hallara la copia de seguridad. Demasiada.

Decidí quedarme en el bar más tiempo y evaluar mis posibilidades, y cuanto más vueltas le daba, más deseaba hacerme con ese material. En mi mente había pasado a tener un valor fundamental para el libro. Yo podía escribir lo que me pareciera sobre el guion, pero no podía permitir que se publicara el original. Destruiría mi obra; haría que pareciera una copia vil, un remedo.

Por otra parte, pagar los ocho mil euros era intolerable. Quizás pudiera reunir el dinero, pero era una estafa, un chantaje. Mi editor me diría exactamente lo mismo. Diría que no necesitábamos ese guion, que era un detalle en una trama mucho más extensa. ¿Acaso era necesario comprarse la Gioconda para hablar de ella? No, por supuesto. Sin embargo, todos conocíamos a la Gioconda. Distinto sería si nunca hubiésemos visto el cuadro. Necesitaba hacerme de ese guion. Así fuera sólo para eliminarlo.

Tomé el móvil y escribí un mensaje apresurado. Lo envié y me lamenté de inmediato. Ya era tarde.

¿Qué revista te pagará €8.000?

La respuesta no tardó en llegar y me causó mucho daño.

Prefiero vendérselo a ellos por mil antes que a usted.

Tenía una alternativa. Improbable, pero allí estaba: el email que Bruce decía haber recibido. El farsante criminal quería dos monedas de oro por la contraseña, por una contraseña de una supuesta cuenta de correo. ¿Cómo creer en ello?

Busqué el precio del oro blanco en internet. Era, por cierto, la opción más económica, pero la más descabellada. Me debatí en esta idea por más de una hora. Al anochecer tomé la decisión de que debería consultar a un orfebre.

A la mañana siguiente, durante todo el camino a la joyería me sentí un tonto. Y mientras hablaba con el orfebre también lo hacía. Era uno de esos momentos de la vida donde uno cedía a las divagaciones de la mente bajo presión.

—¿Dos de electro, nada más? ¿No querrá usted cuatro?

La pregunta me llamó poderosamente la atención.

—¿Cómo dice? ¿Cómo sabe...?

—Le digo porque le conviene.

El hombre me señaló un letrero y tardé unos segundos en comprender a qué se refería. El precio era inferior si se superaban los quince gramos. Hice cuentas mentalmente. Era muy inferior. Y además, siempre podría negociar mejor con el paquete completo.

—Tiene usted razón —dije pensativo—. Mejor que sean cuatro.

El hombre asintió con la cabeza y tomó nota.

—Las tendrá para la semana entrante.

—¡Cinco días! ¡No puedo esperar tanto!

El orfebre me dedicó una mirada cansada.

—Tengo mucho trabajo. Además, éste no es un pedido común.

Acepté y pagué un adelanto. Cuando salí de la joyería con mi recibo me volví a sentir un tonto.

En cinco días podían ocurrir mil cosas. O ninguna. Lo segundo fue lo cierto. Mi agente no había logrado nada con los Tanner, que parecían estar de vacaciones en algún lugar ignoto, mi editor prefirió no presionarme con este nuevo libro y el maldito novio de Ludmila se mantuvo en un férreo silencio que no hacía más que aumentar mi irritación.

Llegado el quinto día, la ansiedad por poseer las monedas se había aplacado. Ya había reflexionado profundamente sobre el tema y estaba seguro de que darle las monedas a Bruce no me conducirían a ningún email revelador. Si bien no se lo mencionaba en el expediente policial, las posibles cuentas de correo de Bruce a estas alturas ya habrían sido decomisadas y eliminadas. Las esperanzas de hallar el guion de Ludmila allí eran más que improbables.

Regresé a mi apartamento con las monedas en un bolsillo y las arrojé sobre la cama, a un lado del ordenador portátil. Parecían de oro. ¿Cómo estar seguro? Debía acudir a un segundo joyero para que las revisara por mí, pero no tenía fuerzas. Me eché sobre la cama y me quedé observándolas durante horas. Luego, como iluminado por su presencia, atraje el ordenador hacia mí y comencé a escribir el capítulo primero de mi nuevo libro con energías renovadas. Mientras lo hacía, la vieja sensación de estar dando en el clavo en cada frase me retroalimentaba y me impulsaba a seguir. Era la fiebre de la inspiración, esa que todo escritor conoce y que teme que algún día deje de presentarse.

Escribí todo ese día y todo el día siguiente, y dediqué lo que restaba de la semana a pulir el primer capítulo cuanto me fuera posible.

El domingo por la tarde, cumpliendo con una rutina de más de una década, armé un email apresurado, adjunté lo escrito y se lo envié a mi editor con una sola línea de texto que decía: “Esto es a lo que me refiero.”

El lunes por la tarde recibí la infaltable llamada de Michel.

—¡Hijo de Puta! ¡No puedes hacerme esto! —exclamó del otro lado del teléfono. Me eché a reír—. ¡Lo tienes otra vez! ¡Será un éxito!

—Lo sé. Lo siento en las manos. Es como con Torturador. La misma terrible fiebre.

—¡Eso es! ¡Sabía que lo harías de nuevo! Esta historia tiene mucha potencia, y ese enfoque desde el mundo paralelo es simplemente genial.

—Gracias, gracias. Y ya estoy avanzando con el segundo capítulo. Necesito hablar con la familia Tanner, pero por lo pronto puedo continuar con lo que tengo.

—Bien. Escribe. No dejes pasar este impulso. Y no te preocupes tanto por las correcciones. Enfócate en la historia y eso déjame a mí.

Saludé a mi editor y regresé al trabajo. Y mientras lo hacía, las monedas continuaban allí, a mi lado, como una suerte de amuleto.

Transcurrió una semana más de trabajo fructífero hasta que me topé nuevamente con la sátira de Ludmila. Había hecho una pausa para darme una ducha y había dejado la radio encendida para escuchar un poco de música mientras tanto. El ruido del agua cayendo opacó todo sonido por unos instantes, pero mis oídos habían escuchado algo que accionó una alarma en mí. Acabé la ducha en forma apresurada y me senté en el sillón del living, atento a la radio.

La ley de Murphy se cumplió inexorablemente y cuanto más atención prestaba, menos información recibía. Dos horas después desistí y salí a la calle para dar una caminata. Cruzé el centro comercial y tomé por el boulevard arbolado. Avancé un par de calles hasta la construcción de las nuevas torres London, en las que tenía puesto un ojo desde hacía meses. La fachada estaba cubierta de cartelera renovada. Entonces vi la publicidad y me quedé clavado en el lugar. En letras enormes, la revista Hola anticipaba que en el número de Junio publicaría la “Imperdible Historieta que le costara la vida a Ludmila Sveleva”. El hijo de puta de Adriano había cumplido su amenaza. El *bluff* no había sido tal.

Regresé a mi apartamento en tiempo récord y llamé de inmediato a Timoteo Díaz. El hombre me atendió enseguida, cuando su secretaria le dijo que se trataba de mí.

—Necesito volver a entrevistar a Bruce —le dije sin preámbulos.

—Por supuesto, cuando quiera. ¿Está trabajando en el libro?

—Sí, mucho. Tengo que agradecerse. La historia es en verdad valiosa.

Cruzamos un par de palabras más y nos despedimos. Cuando corté la comunicación, la idea de la farsa se apoderó de mi mente y no me dejó descansar. Recordé las palabras pretenciosas de Adriano Centenera y me mordí los labios. Todavía lo podía vencer.

Al día siguiente, muy temprano, estaba recorriendo los mismos pasillos monótonos de la primera vez.

—Debe ser una intriga muy poderosa, esa que usted debe aclarar con Bruce, ¿no?

El hombrecito se agitaba al intentar seguirme el paso. Alcé las cejas y afirmé.

—Lo es. Es un hecho fundamental que puede llegar a modificar el libro por completo.

— ¡Vaya! ¡Me muero de intriga!

—Ya se lo recompensaré, Díaz. Ahora no puedo adelantarle nada.

—Entiendo.

Llegamos a la puerta custodiada y nuevamente se me concedió el paso. Adentro, Bruce presentaba un rostro demacrado. Parecía haber sido presa de un ataque de histeria. Al verme, intentó ponerse de pie y las cadenas se lo impidieron. Habían reforzado las medidas de seguridad. Aun llevaba la camisa de fuerza, por lo que no me sobresalté.

—¡Reyes! ¡Al fin regresa! ¡He pedido por usted, pero estos malditos guardias no me hacen caso!

—Bruce, necesito ese email.

—¡Ya lo sabe!, ¿no? ¡Lo vi en las noticias! ¡Lo publicarán! ¡Es terrible!

—¡Quiero el email! ¿Lo tienes?

—Lo tengo. ¡Pero yo quiero mis monedas!

Saqué dos de las cuatro monedas de mi chaqueta y se las mostré. Sus ojos se desorbitaron.

—¡Démelas! ¡Por favor! ¡Las necesito!

—Te las daré si me pasas el correo y la contraseña. ¡Ahora!

Bruce titubeó y volvió a mirar fijamente mis monedas.

—¡Démelas! ¡Necesito viajar! Si publican la sátira habrá una guerra nuclear. ¿No lo entiende? ¡Yo podría detenerla!

—¡La contraseña!

—No la sé... No me acuerdo.

— ¡Maldito seas! ¡Sabía que era mentira!

Guardé las monedas en el bolsillo de mi chaqueta y bruce intentó ponerse de pie una vez más.

—¡No es mentira! ¡Démelas! El email aún está allí. Tiene que estarlo... Solo que no recuerdo la contraseña... Ha pasado tanto tiempo.

—¡Sin contraseña no hay monedas!

—Me dan muchas drogas. No puedo recordarla. ¡Pero aún puedo viajar y arreglar las cosas! ¡Deme las monedas, por favor!

Me negué contundentemente y me alejé hacia la puerta.

—Sin contraseña no hay monedas, Bruce. Te daré unos días para que lo pienses y la recuerdes.

—¡No, no! ¡No se vaya! ¡Las necesito!

—Y yo necesito el email.

Golpeé la puerta y el guardia me abrió.

—¡No se vaya! —volvió a gritar Bruce a mis espaldas.

La puerta se cerró con un estruendo y acalló sus ruegos.

—¿Qué ha ocurrido allí? —me preguntó el director.

—Nada. Sólo una farsa.

Regresé a mi apartamento enfadado conmigo mismo y me senté a escribir lo que venía rumiando durante el viaje. Así fue que en el capítulo cuatro el personaje de Ludmila en el universo alternativo era reemplazado por Adriano. Eso explicaría de forma sencilla lo que pensaba de su sátira: era un fraude.

Desacreditar a Adriano en mi libro me consiguió un poco de paz interior. Su historietta quizás llegara a ser un éxito de ventas, pero mi enfoque sobre la realidad de los hechos daría nueva vida a esa historia. Ya no me perjudicaría tanto que la sátira fuera publicada. Había decidido ignorarla. Había decidido que ya no valía nada.

Pero, lamentablemente, ella no había decidido lo mismo para conmigo.

Una semana más tarde, la explosión en el edificio North Pole, donde la revista Hola tenía sus oficinas, dejó un saldo de treinta muertos y más de cien heridos. Al grito de “¡Alá os juzga!” un terrorista suicida detonó su carga explosiva dentro de las propias oficinas. El número de Junio no había salido aún, pero la facción yihadista Ansar al-Sharla que respondía al emir Qasim había recibido información filtrada de la sátira y había decidido evitar su publicación.

La noticia dio la vuelta al mundo y tuvo gran impacto en las altas esferas del poder político. Donald Trump, deseoso de utilizar su poderío militar, desató bombardeos sobre el norte de Yemen y sobre tierras pertenecientes a Arabia Saudita, de manera unilateral. La ONU no avaló los ataques y Rusia se mostró completamente en contra del accionar del país norteamericano.

En pocos días, una escalada de violencia sin igual dominó oriente medio. La dimisión de Rusia y Japón a sus posiciones dentro de la ONU elevó la tensión a un grado máximo. Los analistas de política exterior auguraron un final apocalíptico.

Yo, detrás de la pantalla de TV en mi apartamento, no daba crédito a lo que veía. La profecía de Bruce Tanner estaba materializándose frente a mis ojos, aunque con ligeras diferencias.

Llamé a Timoteo Díaz y pedí reunirme con Bruce de inmediato. El director del hospital psiquiátrico habló con voz grave y me pidió disculpas.

—Debí habérselo dicho antes, pero me sentía demasiado culpable.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Se ha matado.

La noticia me descolocó. ¿Y ahora qué haría? ¿Cómo podría negar una realidad tan parecida a la fantasía de un loco si el propio loco había muerto por su causa?

—No sé cómo ha logrado ingresar ese trozo de vidrio a su habitación... Se cortó las venas y cuando llegamos, era tarde.

—No sé qué decir —balbuceé—. Los acontecimientos de los últimos días se parecen tanto a su delirante universo paralelo...

—Él pensaba lo mismo, señor Reyes. Insistía en que debíamos darle la oportunidad de remediar su error, que sabía cómo evitar la guerra. Pero no aquí; en otro universo, decía. Parecía haberse convencido de su propia historia.

»Y le cuento lo más extraño: cuando le hicimos la autopsia, hallamos cuatro monedas de oro en su estómago.

—¿Cuatro?! ¿Está seguro?

—Así es. Tal como lo oye. No entiendo de dónde pudo haberlas sacado.

—Entonces puede ser que...

—¿Qué haya viajado? —Añadió Timoteo—. Si es así, no lo sabremos.

Colgué. No podía continuar la charla. Mi mente se cerraba ante la idea aterradora de que el fin del mundo estuviera a la vuelta de la esquina y que ya nada quedara por hacerse para evitarlo. Repasé la página 153 del libro que estaba escribiendo en mi portátil y apreté los dientes. ¿Qué valor tenía un libro si el mundo ardía en llamas? Todo parecía tan trivial que perdía sentido.

Decidí no esperar al momento final y viaje a las Canarias para alejarme de las ciudades populosas. Me alojé en un hotel costero y me propuse darle un final anticipado a la obra, como una suerte de acto premonitorio. En mi historia, la sátira escrita por Adriano lograba ser publicada y el efecto en la sociedad islámica era menor. Recibía críticas y burlas, pero la violencia no tenía lugar. Era un final optimista.

Cuando coloqué el último punto me alejé del ordenador y salí a caminar. Si era posible que la historia de un loco cambiase el mundo y desatase el holocausto definitivo, quizás la historia de un escritor pudiese evitarla.

Esa noche, el cielo se iluminó en forma repentina, con la claridad de un amanecer. Entonces supe que el libro no era suficiente. Haría falta un sacrificio mayor.

Salí de la cama y miré en derredor. Toda la estancia parecía envuelta en una bruma blanquecina. En la mesa de la sala hallé mi móvil y lo tomé. Eran las 3.45 a.m. Demasiado temprano para el alba. Activé el reproductor de audio y subí el volumen.

Luego del bombardeo, lo verdaderamente letal fue la inmensa nube radiactiva que cubrió el mundo. La sentimos llegar como una enorme ola helada. Te envolvía como una bata y a los pocos segundos todo tu cuerpo comenzaba a arder.

Las palabras eran dagas. Lastimaban.

Dejé el aparato encendido y me fui a duchar. Era un placer que tal vez no pudiera repetir. Luego me sequé, me vestí con ropas cómodas y me senté frente a la mesa de la sala. Bruce continuaba con su historia trágica mientras mis ojos estaban enfocados en las cuatro monedas de oro que tenía delante. ¿Qué había de mágico en ellas? ¿Por qué los universos paralelos habrían de ser cruzados de una forma tan poco... científica?

No podía creer en ello, como no podía creer en la guerra nuclear. Pero esa era la realidad, y como dijo Bruce, no dejaría de ser cierta porque yo no creyera en ella.

Tomé una moneda y la sopesé. No parecía difícil hacerlo, era pequeña. Me la coloqué sobre la lengua y cerré la boca. El sabor metálico agrió mi paladar. Respiré profundo y tragué. La moneda cruzó mi esófago sin dificultad. Era más simple de lo que creía, como comerse un caramelo. Uno agrio y frío, y valioso y mágico.

Deseé que fuera cierto y miré hacia afuera, hacia la luz de una mañana fatal. Y mientras lo hacía me decía internamente que la joven Ludmila había muerto en forma injusta, que ella nunca había sido la verdadera culpable. Ella no había escrito el guion, sino su novio.

Bruce se había equivocado, y se equivocaría nuevamente. Pero yo no.

Tomé otra moneda y me la llevé a la boca. Y soñando despierto con un mundo feliz paladeé, una vez más, el sabor amargo de la realidad.

Claudio Alejandro Amodeo

Claudio Alejandro Amodeo nació en Buenos Aires, en 1977. Estudió electrónica y Sistemas Informáticos y trabaja de ello. Está casado, tiene dos hijas y unos cuantos hijos literarios en su haber.

Su hermano mayor le enseñó a leer y su padre a qué leer. Los bolsilibros Bruguera y las revistas Nueva Dimensión desencadenaron su pasión por la literatura fantástica.

Halló su cuna creativa en Axxón en 2004. Desde entonces sus relatos han sido publicados en muchas antologías y revistas y han sido galardonados en diversos certámenes.

Entre ellos se destacan:

- *La imposible mujer menguante*, seleccionado Visiones 2008, Visiones 2008, AEFCFT.
- *La muerte interior*, seleccionado Fabricante de Sueños 2008, Fabricante de Sueños 2008, AEFCFT.
- *La era del cambio*, finalista Domingo Santos 2009, Revista Próxima nro 11, Ediciones Ayarmanot.
- *Partículas*, finalista Cryptshow 2010, Cryptonomikon 3.
- *Las invasiones concéntricas*, finalista Alberto Magno 2011, inédito.
- *Todos aman a Gupta*, finalista Avalón 2012 y Domingo Santos 2013, Extremos, PuertAbierta Editores.
- *El segundo impacto*, ganador Alfa Eridiani 2014, Alfa Eridiani especial 11 aniversario.
- *Huevo de Pascua*, seleccionado Visiones 2015, Visiones 2015, AEFCFT.
- *O de Orange*, finalista Cificom 2015, El Abismo Mecánico, Cápside.

Mantiene el blog <http://sobrevolandomundos.blogspot.com.ar/>.

Experimento fallido

Leonardo Roperó Serrano

Terence llevaba cuarenta minutos bloqueado en la autopista. Los faros y luces de emergencia de los vehículos detenidos, sumados a la iluminación vial, habían convertido aquel anodino tramo de carretera en una calle de Tokio. A su alrededor, los conductores atascados liberaban su mal humor tocando incesantemente el claxon y profiriendo maldiciones. Ignoró los gritos. No tenía sentido enfadarse, ya que según la radio (y debió ser el único que se tomó la molestia de intentar averiguar qué estaba ocurriendo) un grave accidente, con cuatro vehículos implicados, había paralizado la I-78. Puso música suave y se acomodó en su asiento. Iba a llegar muy tarde a casa, y era una lástima, porque no podría salir con Evelyn a dar un paseo antes de cenar. Con suerte tendría el tiempo justo para verla un momento antes de acostarse. Al menos su mujer estaba sobre aviso: en cuanto se enteró del accidente, la llamó por teléfono para que no se preocupara y decirle que llegaría con mucho retraso.

Una de las cosas que más odiaba de su trabajo era la ubicación de la compañía para la que prestaba sus servicios como ingeniero informático. Estaba tan mal comunicada que usar los transportes públicos para acceder a ella era una pérdida de tiempo y dinero. No tenía más remedio que usar el coche para trasladarse. Y a veces tenía la sensación de que pasaba más tiempo al volante que trabajando. Pero nunca se había planteado cambiar de empleo, pues dudaba que jamás hallara otro en el que encajara tan bien.

Tras otros veinte minutos de espera, la caravana comenzó a moverse al fin. Sonrió: estaría en casa antes de que Eve se fuera a la cama.

El trayecto había sido infernal, pero al menos tuvo la fortuna de encontrar aparcamiento relativamente cerca de su hogar. Salió del coche y caminó con paso vivo hacia el portal, no tanto por los deseos de llegar como por el intenso frío que hacía. Y a pocos metros de aquel, justo cuando pasaba por delante del restaurante chino, sintió algo realmente extraño: una especie de escalofrío, como una descarga eléctrica de baja intensidad, que recorrió todo su cuerpo desde los pies hasta la coronilla. Miró al suelo, atónito, comprobando

que no hubiera pisado un cable. Pero allí no había nada. Así que se olvidó del asunto y apretó el paso.

Esta vez la cerradura del portal no se atascó, como siempre, y pudo acceder rápidamente al edificio. Subió corriendo las escaleras y tras abrir pacientemente los tres cerrojos de su domicilio, entró en casa. Se quitó el abrigo y la bufanda y dejó las prendas sobre el aparador; ya las llevaría después al armario. Ahora lo que quería era darle un beso a su mujer, ponerse ropa ligera (Evelyn siempre ponía la calefacción demasiado fuerte; era tremendamente friolera) y cenar algo.

—¡Eve, cielo, ya estoy en casa! —gritó. Y entró con paso decidido en la salita. Allí estaba su esposa, con su pijama preferido puesto y la bata de ositos rosas. Terence se quedó petrificado: Evelyn parecía sorprendida y aterrorizada.

—Pero ¿qué pasa, cariño? —preguntó. Ella no respondió, y no fue necesario. Porque un tipo vestido con un pantalón de chándal y una camiseta, que Terence conocía muy bien pues eran suyas, salió de la cocina, enarbolando un cuchillo. Tuvo que contener un grito de horror: El tipo del cuchillo era exactamente igual a él. Como un hermano gemelo. En realidad, como un maldito clon.

—Qué diablos... —comenzó a decir.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó el tipo del cuchillo—. ¿Qué hace en mi casa? Y ¿Por qué es igual a mí?

—¡Ésta es mi maldita casa! —gritó Terence—. ¿Por qué está usted en ella vistiendo mi ropa? Eve, ven aquí, corre. ¡Tiene un cuchillo!

—¿Impostor? —respondió ella—. ¡Usted es el impostor!

—Joder, Evelyn, ¡te llamé por teléfono para avisarte de que llegaría tarde! ¿No lo recuerdas?

—No he recibido ninguna llamada de teléfono —susurró.

—Voy a llamar a la policía —amenazó el clon.

—Es una gran idea —respondió Terence, dando dos pasos hacia su oponente, que levantó el cuchillo.

—¡No se acerque a mí! —gritó éste.

Y de pronto todos escucharon con claridad la puerta abriéndose. Terence se giró, e instantes después comprobó con horror que una segunda Evelyn y otro Terence más les miraban espantados desde la puerta de la salita.

O'Brien detuvo el coche patrulla y bajó del vehículo, seguido por su compañera. Se quedaron parados unos instantes delante del portal, en silencio. No se oían gritos, ni ruidos de pelea.

—Tony, te digo que todo esto es una broma. Un montaje de la televisión o de un YouTuber ansioso de ganar audiencia —dijo la agente.

—Salgamos de dudas. Y si finalmente es una broma, espero que el departamento les meta una buena demanda —murmuró O'Brien—. Porque comienzo a estar hasta las pelotas.

Subieron las escaleras. La puerta de uno de los apartamentos estaba abierta, y una mujer aterrada parecía estar aguardándoles. Antes de que Tony pudiera hablar, ella entró en la vivienda. Los dos agentes pusieron la mano en la empuñadura de sus pistolas.

Cuando entraron en la sala, se encontraron con algo que no olvidarían jamás.

La puerta del despacho se abrió tan violentamente que el inspector Trend dio un brinco en la silla. Giró la cabeza y comprobó que se trataba del comisario.

—¡Joder, Thomas, vaya susto me has dado! ¿Qué pasa, Terminator está asaltando la comisaría?

—Mucho peor, Don —respondió Thomas—. Te necesito ahora mismo en la sala de interrogatorios.

—No me fastidies, hombre, que estaba a punto de acabar mi turno. Pásaselo a Margaret, sea lo que sea.

—Mira, eres un tío listo, más de lo que te gustaría. Así que mueve el culo y acompáñame. Olvídate de dormir en unos cuantos días; cuando veas lo que voy a mostrarte se te va a quitar el sueño.

Donald sintió curiosidad. Se levantó y siguió al comisario hasta la sala de interrogatorios. Y al llegar, vio cómo dos mujeres y tres hombres aguardaban sentados, en silencio. Las mujeres eran sin duda gemelas. Y los hombres idénticos como clones.

—Pero qué cojones... —comenzó a decir Don.

—Los tres tipos aseguran llamarse Terence Mill, y las dos mujeres, Evelyn Arques — le interrumpió el comisario—. Todos juran que viven en el ciento cuarenta y ocho de la calle Monarch. Y que no son gemelos ni tienen ningún tipo de parentesco. Siento joderte de esta forma, pero el caso es tuyo.

Donald tardó un buen rato en reaccionar. Maldijo su mala suerte: media hora más y se haría librado.

Tomó aire y entró en la sala.

Les interrogó uno a uno, haciéndoles repetir lo sucedido media docena de veces. En todas ellas las declaraciones fueron consistentes. Con la excusa de ir a buscar café abandonó la sala un momento; necesitaba ordenar sus ideas. Y en el pasillo se encontró con Margaret, que fue directa hacia él.

—Hola, Don —saludó—. El jefe acaba de ordenarme que te ayude con el caso de los gemelos. Cuéntame.

Exhibió una triste sonrisa.

—Thomas debe odiarte a ti tanto como a mí, entonces. Porque este asunto es la mayor mierda que he visto jamás. Escucha: se han presentado aquí dos mujeres que parecen gemelas idénticas y tres hombres iguales como fotocopias. Todos aseguran vivir en la misma casa y que el resto son impostores, así que han puesto denuncias por allanamiento de morada.

—No me jodas.

—Pero eso no es lo peor. Los he interrogado por separado, preguntándoles el nombre de sus padres, dónde viven, en qué escuela estudiaron, a qué universidad acudieron, cuál es su trabajo... y todos han respondido exactamente lo mismo.

—Se habrán puesto de acuerdo. Debe tratarse de una broma.

—Coinciden hasta en los más mínimos detalles. Además, dices eso porque no los has visto. Las dos mujeres me han enseñado una cicatriz en el brazo derecho. Son iguales, y no es maquillaje. Dicen que un perro les mordió cuando eran pequeñas. Y los tipos tienen hasta los mismos lunares. Por si fuera poco, mira esto.

Don sacó cinco carnets de conducir de su bolsillo, dos a nombre de Evelyn Arques y tres de Terence Mill.

—Completamente idénticos. Esto no tiene sentido. ¿Qué vas a hacer?

—Por lo pronto retenerlos cuanto pueda. Al menos tres de estos cinco permisos tienen que ser falsos, así que ya tengo una excusa para ganar tiempo. Pero si te soy sincero, no tengo ni idea de cómo actuar.

El teléfono móvil de Don sonó. Respondió inmediatamente.

—Aquí Trend. Espero que sean buenas noticias.

—Me temo que no —respondió el comisario—. Tenemos un asesinato en el 115 de Dare Street, en el distrito 14, así que coge a Marge y sal pitando.

—Vamos para allá.

Don colgó la llamada y miró aliviado a su compañera.

—¿Buenas noticias?

—En cierto modo. Se ha producido un asesinato en el distrito 14 y tenemos que hacernos cargo, así que al infierno con los clones.

—Vaya, salvados por la campana —murmuró Marge con alivio.

Antes de entrar en la vivienda donde se produjo el delito uno de los agentes de guardia les puso al corriente. Una mujer llamada Daisy Townsend, de sesenta años, comprobó al llegar a su hogar que las luces estaban encendidas, y oyó ruidos en el interior. Daisy vivía sola, así que dedujo inmediatamente que estaba siendo víctima de un robo. Llamó a la policía, sacó su calibre treinta y ocho del bolso y entró en la casa. En la cocina se topó de bruces con alguien, y disparó impulsivamente. El intruso cayó al suelo y se quedó inmóvil. Los de emergencias no tardaron mucho en llegar, pero el médico nada pudo hacer; sólo certificar su muerte.

—La gente es increíble. ¿Por qué demonios no esperó a que llegara la policía? ¡Menuda estupidez! Pudieron matarla a ella. ¿Sabemos la identidad del ladrón? —preguntó Don al policía.

—Está completamente identificada.

—¿Es una mujer?

—Sí, inspector. Pero será mejor que juzgue usted mismo.

Daisy estaba en el salón, víctima de un ataque de nervios, atendida por un enfermero y una mujer policía. Y en la cocina, tirada de espaldas en el suelo, estaba la ladrona, con un tiro en el pecho.

—No puede ser... —comenzó a decir Margaret.

La mujer del salón y la de la cocina eran exactamente iguales, hasta el punto de que llevaban puesta la misma ropa.

—¡Joder! —gritó Donald—. ¿Otro clon? Pero ¿Se puede saber qué está pasando en esta ciudad?

Margaret obviamente no respondió.

—Bien, tendremos que esperar a que los de la científica hagan su trabajo. Hay que determinar además si estas dos mujeres eran gemelas. Y cuando la autora del disparo se haya recuperado, quiero que se la lleven a comisaría. Detenida.

—Asegura que ésta es su casa, señor —dijo uno de los policías presentes.

—¿Y si la impostora es ella y la dueña es la que tenemos delante, muerta? No podemos saberlo. Volvemos a comisaría, Marge. Ya han llegado los del CSI; aquí no hacemos más que estorbar.

Ella asintió con la cabeza y se dirigió al coche.

La comisaría parecía una colmena removida. En todos los años que llevaba en el cuerpo, Don jamás había visto tal actividad: los teléfonos no dejaban de sonar, los agentes iban y venían a carreras, desde la centralita llamaban a los policías que estaban fuera de servicio... Como si se hubiera producido un gran atentado. Él y Marge se quedaron parados en recepción, anonadados.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Don a su amigo Davis, que se estaba poniendo la chaqueta para abandonar el edificio. A esas horas debería estar en la cama.,

—Que esta ciudad se ha vuelto loca. Estamos recibiendo decenas de llamadas sobre encuentros con clones. Los que tienes en la pecera sólo han sido los primeros. El comisario te informará.

Y salió corriendo. Don suspiró, hizo un gesto a Margaret y se dirigió al despacho de su jefe.

Thomas parecía haber envejecido diez años. Tenía el rostro desencajado, estaba visiblemente agotado y por primera vez no llevaba la corbata perfectamente anudada al cuello. En cuanto reparó en los inspectores hizo un gesto para que se sentaran.

—Tom, por el amor de Dios, ¿qué está pasando? —preguntó Donald.

—Que alguien parece haber puesto en marcha una fotocopiadora de seres humanos —respondió con un hilo de voz—. Ya llevamos registradas veinticinco denuncias en toda la ciudad. Esto sí que es el ataque de los clones, y no el de la película. Escuchad —dijo mientras se ponía las gafas y fijaba la mirada en el montón de papeles que reposaba sobre su mesa—: un tipo asegura haber sorprendido a su esposa en la cama con otro hombre. Se inició una pelea, y cuando pudo por fin ver el rostro del amante de su mujer, comprobó que era idéntico a él. “Como si me estuviera peleando con mi imagen reflejada en un espejo”, declaró. Otro tipo se encontró a sí mismo en el parque Falkston, mientras paseaba a su perro. Joder, ¡mirad las fotografías, hasta los perros son clavados! En un restaurante de la ochenta y seis dos camareras atendieron una mesa. A la pareja que iba a pedir la cena les hizo gracia que dos gemelas trabajaran en el mismo restaurante, pero ambas aseguran ser hijas únicas. La documentación de todos los tipos es idéntica. Todos responden igual a las preguntas que les hacen, por personales que sean. Mierda puta, esto parece sacado de una película de serie B.

—Menos mal que la prensa todavía no se ha enterado —murmuró Margaret. El comisario soltó una carcajada.

—¡Margie, por favor! ¿Acaso no te has dado cuenta del mundo en el que vivimos? Mira.

Thomas giró su portátil hacia ellos y reprodujo un video de YouTube. En él aparecían dos tipos peleándose por entrar en un coche. Ambos tenían las llaves en la mano. Ambos fueron capaces de abrir el vehículo usándolas. Y terminaron dándose una paliza tremenda. Evidentemente eran tan iguales como dos gotas de agua.

—A esta hora medio planeta debe estar al corriente de lo que está pasando en Nueva York. Mira las reproducciones: ¡Diez mil en sólo una hora! En unos días serán millones. Los chicos de relaciones públicas están esquivando como pueden las preguntas de los periodistas; ¡jamás imaginé que hubiera tantos trabajando de noche! Esto es un puto desastre. ¿Tenéis alguna idea sobre lo que está pasando?

Don y Margaret negaron con la cabeza.

—Pues a trabajar. Estudiad todas las denuncias, examinadlas detenidamente e intentad encontrar algún nexo en común. Espero que tengáis suerte, porque mañana el alcalde me va a cortar los huevos. ¡En marcha!

Los inspectores salieron del despacho del comisario como si acabaran de comunicarles su sentencia de muerte. Ya en el pasillo, Marge se quedó mirando a Donald.

—¿Y qué demonios se supone que debemos hacer con este galimatías?

—Ya has oído al gran jefe: analizar cada denuncia como si nos fuera la vida en ello. Si a él le cortan las pelotas mañana, imagínate lo que harán con nosotros.

Margaret suspiró.

Estaba amaneciendo cuando Don dejó sobre la mesa la última denuncia. Durante la noche habían recibido algunas más, pero a las cinco de la mañana la ciudad pareció recobrar la normalidad. Desde esa hora cesaron las apariciones de duplicados. No tenía ningún sentido, pero todo el departamento agradeció poder centrarse en lo que ya tenían.

—Marge, tenemos una pauta —proclamó Don—. Posiblemente sea una gilipollez, pero en muchas de las declaraciones los sujetos afirman haber sentido una especie de descarga eléctrica, un repentino malestar. Y prácticamente todas a la misma hora.

—Debió ser el momento en el que el Diablo puso en marcha la máquina de fotocopiar humanos —respondió Marge con sorna.

—Oye, que parezca una gilipollez no quiere decir que lo sea. Me atrevería a decir que tenemos una forma de distinguir a los originales de las copias: los que no sufrieron esa sensación son los chicos buenos. Y el resto, vainas.

—¿Vainas?

—A ti no te gusta el cine clásico de ciencia ficción, ¿verdad? Me refería a una película en la que unos extraterrestres... bah, no importa. Deberíamos tenerlo en cuenta.

—Y lo haremos, inspector Trend —dijo alguien de pronto. Donald ni siquiera había oído abrirse la puerta. Frente a él aguardaban un hombre de aspecto marcial, mandíbula cuadrada y pelo muy canoso cortado al estilo militar, enfundado en un traje negro, y una mujer de cincuenta y tantos años que vestía un caro conjunto de chaqueta y falda, peinado de peluquería cara, rubia de bote pero del bueno, y unos ojos azules cuya mirada podría cortar el acero.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Don poniendo cara de perro.

—Trevor Harris, del FBI, y Augusta McCoy, de la NSA —respondió el hombre—. Le traigo buenas noticias, inspector: queda relevado del caso. Nosotros nos haremos cargo a partir de ahora.

Don dudó entre saltar de alegría y mandar a aquel tipo al infierno.

—Si el FBI se apropia de la investigación es que los clones han aparecido por todo el país —pensó en voz alta Margaret.

—No necesariamente —respondió el agente Trevor.

—¿Y la NSA, que pinta en todo este asunto? —preguntó Don mirando a los ojos a Augusta.

—¿Puede usted hacerse a la idea de lo complicado que resulta bloquear y eliminar tanto los videos como las cuentas de YouTube que mostraban imágenes sobre el caso que nos ocupa? —dijo ella—. ¿Imagina la cantidad de personas que tengo trabajando para eliminar el rastro en la red de todos los majaderos que han subido videos comprometedores sobre este asunto? Hoy en día cualquier gilipollas tiene teléfono móvil, y lo usa para todo menos para hacer llamadas. No me toque las narices.

Don no se atrevió a responder.

—Bien, inspectores, creo que deberían irse a dormir —intervino Trevor, sonriendo—. Se lo han ganado. Tendremos muy en cuenta su observación sobre cómo distinguir a los originales de las copias.

Acto seguido se apropió de las denuncias y abandonó el despacho, seguido de Augusta, sin despedirse siquiera. Marge se quedó mirando a Don.

—¿Y ahora qué hacemos? Ya es un poco tarde para acostarse, ¿no?

—Y tanto. Mira, conozco un sitio en el que dan un café casi decente, no la mierda del departamento. Te invito.

—Buena idea.

Cogieron los abrigos y salieron del despacho.

La ciudad ya estaba en plena actividad cuando los dos inspectores regresaron a la comisaría. Parecía completamente ajena a la locura que se había vivido durante la noche. Además, los periódicos no decían ni una sola palabra acerca del incidente; ni siquiera los digitales más sensacionalistas: la NSA había hecho un buen trabajo y en tiempo récord. Don se derrumbó en su butaca; Marge se limitó a sentarse en una esquina de la mesa.

—Bueno, ya no tenemos caso, y la verdad es que me alegro —dijo Marge—. Hasta se han llevado a los clones.

—Sí, a una base de la Guardia Nacional sin especificar. ¿Qué harán con ellos? ¿Disecionarlos?

—No seas bestia, Don.

—Mira, Margaret, llevo demasiados años en el cuerpo como para conformarme con un simple “ha sido usted relevado”. Si el gobierno ha actuado tan eficientemente quizás se deba a que es el causante de todo este lío. Mientras el gran jefe no nos de otra ocupación, y supongo que tardará en hacerlo porque se ha ido a su casa a dormir, no hacemos daño a nadie echándole un vistazo al caso.

Marge cogió una de las sillas de cortesía y la puso junto a la de su compañero. A continuación tecleó rápidamente en el ordenador.

—Toda la información sobre el caso ha sido borrada —sentenció—. Es increíble.

—Borrada del servidor, pero no de aquí —dijo Don mostrando una memoria USB con gesto triunfal—. Tuve la precaución de hacer una copia de seguridad.

—¡Joder, Don, eso es ilegal!

—Pues no se lo digas a nadie.

Donald insertó la memoria y volcó los datos al disco duro. Una serie de carpetas aparecieron en el explorador de archivos; una por denuncia.

—Ya que vamos a ir de cabeza a la cárcel por esto, ¿tienes idea al menos de qué hacer? —preguntó Marge.

—Actuar como si nos encontráramos ante un asesino en serie. Tenemos un montón de casos relacionados entre sí; establezcamos una pauta.

—Pues no sé cómo.

—Por lo pronto vamos a ir ubicando cada uno de los casos para determinar si están vinculados. Porque tienen que estarlo necesariamente. Veamos si somos capaces de encontrar dónde ha escondido Satán su fotocopidora.

Don abrió un plano de la ciudad y comenzó a poner marcas en cada uno de los lugares donde se había producido un incidente, cuyas direcciones Marge le iba dictando. Les llevó un buen rato, pues no podían usar ningún software de localización al haber sido borrados los datos del servidor. Cuando terminaron, ambos se quedaron mirando sorprendidos al monitor.

—Joder, Marge, ¿ves lo mismo que yo?

—Y tanto.

Margaret hizo una captura de pantalla y a continuación, usando un programa de dibujo y retoque fotográfico, trazó dos círculos que englobaban todos los casos. Eran casi concéntricos.

—No hace falta ser muy listo para adivinar que en el centro de este anillo está el origen del problema. La fotocopidora —murmuró Don.

—Limitando el área de estudio a cuatro manzanas tenemos un edificio de oficinas, un restaurante, algunos bloques de apartamentos, un pequeño centro comercial y un laboratorio —dijo Marge.

—¿Un laboratorio? La cosa se pone interesante. ¿Pertenece al gobierno?

Marge tardó unos instantes en responder.

—Es un centro privado, universitario. Se dedica al desarrollo de nuevas tecnologías en telecomunicaciones, por lo que dice en su página web.

—Con eso me basta. Ponte el abrigo, Marge: vamos a hacerles una visita.

Don guardó el gráfico en la memoria, la extrajo, borró los datos del disco duro y apagó el ordenador.

A la entrada del laboratorio un agente de seguridad, más parecido a un gorila albino que a un ser humano, recibió a Don y Marge con gesto huraño. Pero cuando le pusieron sus placas ante las narices, su actitud cambió de inmediato.

—¿En qué puedo servirles, inspectores?

—Queremos ver inmediatamente al máximo responsable de este centro —respondió Don.

—¿Tienen cita? El doctor Hook suele tener su agenda completa durante todo el mes —respondió el simio.

—Me tiene sin cuidado, como si está reunido con el Presidente o el mismísimo Dios. Por si no se ha dado cuenta, somos de Homicidios y estamos realizando una investigación oficial. Así que no me toque los huevos.

—Segunda planta, pasillo de la izquierda, tercera puerta a la derecha —se limitó a decir el empleado mientras cogía el teléfono.

No tuvieron ninguna dificultad en dar con el despacho del director. Cuando entraron, el tipo les esperaba sentado tras su escritorio. Parecía asustado.

—¿En qué puedo servirles? Me temo que no puedo dedicarles mucho tiempo. Mis obligaciones...

—Serán cinco minutos —le interrumpió Don—. Tan sólo queremos saber si a última hora de ayer, entre las ocho y las diez de la noche, se estaba realizando alguna actividad en este lugar.

Hook pestañeó, como si le costara procesar la pregunta.

—En ese abanico horario tan sólo puede tratarse del doctor Flanders. Pidió autorización para realizar un experimento en el Laboratorio Cuatro. Está investigando un nuevo y prometedor método de comunicación a larga distancia.

—¿Se encuentra aquí ahora? —inquirió Marge.

—¡Claro; prácticamente vive en este lugar! De hecho ha pasado toda la noche en el centro. Es uno de nuestros mejores investigadores, de los más comprometidos y trabajadores. ¿Se ha metido en algún lío?

—¿Dónde podemos encontrarle? —se limitó a decir Don.

—Supongo que en su despacho, en el segundo sótano. Es un poco complicado llegar hasta él; ¿quieren que les acompañe?

—No es preciso; preguntaremos. Muchas gracias por su colaboración y disculpe las molestias, señor Hook —se limitó a decir Don mientras se ponía en pie.

El director no mentía: realmente les costó encontrar la madriguera en la que trabajaba y vivía Flanders. Cuando entraron en su despacho era evidente que Hook le había puesto al corriente: les estaba esperando en pie, frente a la puerta, con una expresión mezcla de miedo y curiosidad. Era un tipo realmente peculiar: de baja estatura, unos sesenta años, rostro apacible y gafas con cristales tan gruesos como los de un telescopio. Tenía la parte superior de la cabeza completamente calva, y para compensar se había dejado crecer el resto del pelo en una larga melena blanca que le tocaba los hombros. Parecía una mala copia de Einstein.

—¿El doctor Flanders? —preguntó Don.

—A su disposición. ¿En qué puedo servirles?

Los inspectores se acomodaron en las sillas de cortesía. Flanders hizo lo mismo en su butaca. Don se lo quedó mirando fijamente.

—Señor Flanders: ¿sería tan amable de decirnos qué cojones hizo usted anoche en este edificio? —disparó Don.

No pudo responder; se quedó tan inmóvil como si le hubieran dado una ducha de nitrógeno líquido.

—Lo que le voy a decir es alto secreto, tanto que los aquí presentes desapareceremos del mapa si alguien se entera —prosiguió Donald—. Mire, doctor: durante la noche de ayer toda la ciudad sufrió una especie de invasión de copias de residentes. Auténticos clones, y no sólo en el físico, sino hasta en los más pequeños detalles: ropa, documentación, efectos personales, e incluso recuerdos. Sé que usted está detrás de todo esto. Así que sea bueno y

colabore. Supongo que la CIA, el FBI, la NSA y la madre que los parió a todos no tardarán en llegar, y van a ser menos respetuosos que nosotros.

Flanders pareció reaccionar al fin. Se quedó mirando al techo, con una expresión mezcla de satisfacción y perplejidad.

—Luego finalmente tuvimos éxito —murmuró—. No como deseábamos, pero éxito al fin y al cabo. ¡Dios santo, hemos revolucionado las leyes de la Física!

—¿Puede contarnos en qué consiste su investigación, y a ser posible de forma que seamos capaces de entenderle? —preguntó Marge.

—Claro, señorita —el rostro de Flanders se iluminó—. Verá, mi grupo de investigación lleva más de diez años estudiando cómo mejorar las comunicaciones en el Espacio. ¿Sabe usted el tiempo que tardan en llegar las señales desde una sonda en Júpiter hasta la Tierra? ¿Puede imaginar lo que tardaríamos en recibir las de una astronave situada lejos del Sistema Solar? Nuestra intención era reducir esos tiempos cuanto fuera posible. Desarrollé una teoría mediante la cual se podrían abrir una especie de... puertas en el espacio-tiempo. Por ellas enviaríamos los mensajes, y los recibiríamos. Por supuesto toda la comunidad científica se rió de mí, incluyendo los genios de la NASA, por lo que el gobierno nos negó cualquier tipo de subvención, beca, o ayuda económica. Así que para poder seguir investigando camuflé mi estudio. Se supone que estábamos desarrollando nuevos sistemas de transmisión basados en pulsos láser. Pero en realidad seguí buscando la forma de agujerear la curvatura del espacio.

—Me estoy perdiendo, doctor —interrumpió Don—. ¿Puede ser más concreto?

—Eh... claro, disculpe. Verá, cuando usted quiere ir de un punto a otro —dijo tomando una hoja de papel y marcando dos puntos con un bolígrafo sobre él— la distancia más corta es la línea recta, ¿verdad? Pues no es así —dijo curvando el folio haciendo coincidir los puntos, atravesando el papel a continuación con el bolígrafo—. Ésta es la distancia más corta, usando la curvatura del espacio-tiempo. Seguro que ya ha oído esta explicación anteriormente.

—Sí, en películas de ciencia-ficción. El hiperespacio y todas esas chorradas.

—¡No son chorradas! ¡Acabamos de lograrlo! Pero no de la forma en que yo quería. La idea era crear un atajo dimensional, aunque temo que, por lo que me ha contado, nos hemos topado con algo diferente y maravilloso.

Flanders cogió cinco folios y los curvó.

—Nunca le di crédito a las teorías sobre los universos paralelos. Sin embargo, y de la peor forma posible, los hemos encontrado. Suponga que cada uno de estos folios que tengo en la mano es un Universo; que en lugar de cinco son infinitos, y que todos son exactamente iguales.

A continuación perforó las hojas con su bolígrafo.

—Al cruzar de un extremo a otro de nuestro Universo, los hemos atravesado todos.

—Todos los que están dentro del folio curvado —interrumpió Marge.

—En efecto, pero son infinitos, así que los que queden fuera son irrelevantes. Por definición, no puede existir un infinito mayor que otro. Así que hay tantos Universos encerrados entre este folio, por seguir con la analogía, que en el exterior.

—Vale, ahora sí que me he perdido —dijo Don—. Y sigo sin ver qué relación tiene este galimatías con nuestros clones.

La sonrisa de Flanders desapareció.

—Verá, si hubiéramos abierto una sola puerta, quizás no habría sucedido nada. Las probabilidades de que una persona la atravesara, desde su Universo al nuestro, son muy pequeñas. Pero si en lugar de una abrimos muchas, la cosa cambia. Es evidente que cometimos un error de cálculo en nuestro experimento.

Flanders taladró las hojas con saña.

—En lugar de un disparo de francotirador, le pegamos al espacio-tiempo una perdigonada. En este caso, las posibilidades de que alguien cruce desde su Universo al nuestro son mucho mayores.

Don se pasó la mano por la frente.

—Joder... —murmuró Don—. Si he comprendido su razonamiento, cosa que dudo, al ser infinitos los Universos traspasados, también tendrían que ser infinitas las personas que los atravesaron, ¿no es así? Si un tipo cruza la “puerta” mientras pasea a su perro o retorna a casa, por definición tendrían que haberlo hecho infinitas copias. Y no fue así.

—¡En efecto, inspector! —exclamó Flanders, complacido—. ¡Y no ha sido así! Lo que quiere decir que todos los Universos son iguales, pero no idénticos. ¡Es apasionante!

Marge y Don cruzaron su mirada.

—Dadas las pruebas, es evidente que en el Multiverso tiene que haber algún tipo de desplazamiento temporal, mínimo, infinitesimal, pero suficiente como para que no se produzca el evento que con tanta precisión ha descrito. Un accidente imprevisto, un semáforo en rojo... ¡Qué sé yo! El azar, el caos, forma parte de todos los Universos. Cada uno de ellos es igual a los demás, pero no exactamente, no de forma idéntica. ¿Me comprenden?

—No —se apresuró a responder Don.

—Lo que me han contado es una auténtica revelación. Tengo que ponerme en contacto inmediatamente con los mejores estadísticos del país; intentar establecer pautas, probabilidades...

—Haga lo que le dé la gana, profesor —sentenció Donald—. Nosotros nos vamos; está claro que aquí no pintamos nada. Tan sólo le ruego una cosa: cuando venga la caballería no les diga una sola palabra sobre nuestra conversación. Eso incluye las grabaciones de las cámaras de seguridad del edificio, el empleado de la entrada, el director del centro, y todo aquél que haya podido vernos aquí. A usted le darán un laboratorio nuevecito, fondos ilimitados, y Dios sabe qué más, pero a Marge y a mí simplemente nos harán desaparecer. ¿Me ha comprendido, doctor?

—Eh... claro, perfectamente. No se preocupe; me encargaré de que su rastro en el laboratorio sea borrado por completo.

—Pues hágalo cuanto antes, señor Flanders —remató Don—. Marge, marchémonos cuanto antes.

Los inspectores salieron del despacho del doctor como si acabara de declararse un incendio en él.

Ya en el coche, Marge se quedó mirando fijamente a Don.

—Oye, ¿de verdad no vamos a hacer nada? Ese capullo ha puesto patas arriba el Universo, ¿y lo vamos a dejar sin más?

Don puso en marcha el motor.

—Por supuesto. Cuando el Gobierno muerda la presa, y lo hará, tú y yo no seremos más que un par de testigos molestos. Gente que sabe más de la cuenta, peligrosa. Y a

continuación desapareceremos. Así que reza para que Flanders cumpla su palabra y no le diga a nadie que nos hemos entrevistado con él. Porque en muy poco tiempo, quizás ahora mismo, los analistas de las agencias gubernamentales descubrirán el mismo patrón que nosotros, y encontrarán a Flanders, el laboratorio, y su investigación absurda. Por tanto, Marge, hazme un favor: borra de tu memoria todo cuanto has visto y oído, y reza para que nos dejen en paz.

—Joder, Don, ¡como si fuera tan fácil!

—No he dicho que sea fácil. Pero es necesario. Venga, te invito a tomar un café.

Don salió del aparcamiento del laboratorio, esperando no regresar jamás a aquel lugar, y no volver a oír hablar de los universos paralelos.

Leonardo Roperero Serrano

Leonardo Roperero nació en León y es ingeniero industrial. Lleva escribiendo desde el año 2004, y su primera novela (“*Crónica de Nerdhos*”) quedó finalista en el IV Premio Internacional Minotauro de Literatura Fantástica y de Ciencia Ficción, siendo publicada bajo el título “*La Estrella Oscura*” (AJEC, 2009). Volvió a quedar finalista en la siguiente convocatoria del mismo concurso con la obra “*Ángeles de Titanio*”, publicada por Apache Libros (marzo de 2016).

En cuanto a sus relatos, “*Recuerdos de un futuro improbable*” recibió una mención de honor en el Concurso Andrómeda de Ciencia Ficción Especulativa 2007, y fue publicado en la colección “*Libro Andrómeda*” (2009). Ha colaborado en los cuatro volúmenes de la serie de relatos temáticos “*(Per)Versiones*”. “*The Strange*” fue publicado en la antología “*The Best of Spanish Steampunk*” (Ediciones Nevsky, 2015). “*Pobres ovejitas*” fue uno de los cinco finalistas del XXIII Concurso Domingo Santos 2014. “*Ya no soy Sam*” fue finalista en el I Concurso Cificom de relatos de ciencia ficción (2015), siendo publicado en la antología “*El Abismo Mecánico*” (Cápside Editorial, 2016). “*La Novicia*” fue seleccionado finalista en el VI Certamen TerBi de relato temático “Religiones” (2016). “*El más horrible monstruo jamás contemplado*” fue incluido en la selección de relatos para la II Convocatoria de relatos “Calabacines en el ático” (2016). Por último, “*A la caza del Fantasma*” quedó en tercer lugar en el Segundo Certamen de Relatos de Steampunk Valencia (publicado en la antología “*Piratas*” en septiembre de 2016).

Robustos

Félix Díaz González

Ram'Ek conocía muy bien la historia, pues no en vano era un robusto instruido. Y sus conocimientos incluían la prehistoria, cuando ningún humano conocía la escritura y todo lo que se ha ido descubriendo había sido por la labor de los paleontólogos.

Lo habitual era que los enjutos fueran quienes se dedicaban a las labores intelectuales, pues sus cuerpos delgados les habilitaban más para esas tareas, mientras que los robustos preferían trabajos más técnicos. Por eso muchos creían que los enjutos eran más inteligentes que los robustos, algo que la ciencia había demostrado ser falso: en la gran mayoría de pruebas, enjutos y robustos quedaban a la par. Incluso, los robustos tendían a tener un cerebro algo mayor que el de los enjutos, pero podría deberse a sus cuerpos más voluminosos.

Estaba revisando la tarea de su hijo.

«Según los paleontólogos, los robustos surgieron en Europa durante el último periodo interglacial, quedando aislados del resto de humanos por los hielos posteriores. Mientras los enjutos se desarrollaban en África, los robustos poblaron el norte. Al desaparecer los hielos, los enjutos viajaron hacia el norte mientras los robustos lo hicieron hacia el sur. Y sucedió lo inevitable: ambas especies humanas se encontraron.

No hay muchos datos de ese encuentro. O encuentros pues debieron tener en varios lugares alrededor del Mediterráneo. Sin duda, en varios casos hubo luchas, y así lo señalaban algunos yacimientos arqueológicos. Pero en otros lugares se logró la paz, y ambas especies iniciaron su convivencia conjunta.

Algo que muchos se preguntan es por qué no acabaron mezclándose ambas especies, dando lugar a un ser humano híbrido de robusto y enjuto. Hay quien cree que no es posible, que los híbridos no son fértiles, pero los datos demuestran lo contrario.

Ocurre, simplemente, que los varones robustos prefieren hembras robustas, y lo mismo al revés. Y que los hombres enjutos escogen mujeres enjutas, y a la inversa. Pudiendo elegir una pareja de su propia especie, nadie la buscará entre los miembros de la otra.

Hay casos como en pueblos muy pequeños donde las únicas opciones podrían ser de la otra especie, pero aún queda la cuestión de los gustos. Los robustos encontramos a los enjutos del otro sexo muy delgados, casi frágiles; eso sin tener en cuenta sus rostros tan peculiares, con esas barbillas prominentes y las narices diminutas. Del mismo modo, a los enjutos no les hacen gracia los robustos del otro género, con sus cuerpos tan musculosos y esas caras con cejas prominentes y narices enormes, aparte de carecer de barbilla.

Son mis preferencias personales como robusto y espero que con ello no se ofenda nadie».

El propio Ram'Ek no era inmune a esas tendencias y había tenido varios amoríos con mujeres robustas, nunca había tenido interés en alguna enjuta. No tenía problemas para trabajar con enjutos, de uno u otro sexo, e incluso varios de sus amigos eran enjutos.

Mejor era seguir leyendo.

«A lo largo de la historia, las diferencias musculares habían servido para especializar a las dos especies en determinadas labores. No era casualidad que la mayor parte de los esclavos en la antigüedad fueran robustos; no porque fueran inferiores, como alguna vez se dijo, sino porque eran más fuertes, y por lo tanto más adecuados para los trabajos duros propios de los esclavos. La misma labor que tal vez matara a un enjuto podría ser realizada por un robusto.

En la antigua Roma, la mayoría de los patricios eran enjutos, pero eso podría deberse más al motivo apuntado arriba que a una capacidad superior.

Pero sólo en el Renacimiento consiguieron los robustos la igualdad con los enjutos. Igualdad real, pero no legal. Hasta el siglo 18 se mantuvo la discriminación en algunos casos de los enjutos hacia los robustos.

Estoy contento de vivir en el siglo 22, donde robustos y enjutos tienen los mismos derechos. Ambas especies son seres humanos y cualquier intento de discriminación está severamente castigado en todo el planeta».

—Muy bien, pequeñajo —dijo Ram'Ek.

Lo de «pequeñajo» sonaba ridículo, pues su hijo con 15 años ya era más alto que su padre. Alto para ser un robusto, por supuesto, pero mucho más bajo que la mayoría de enjutos del barrio. Eso sí, la única persona que podía llamarle pequeñajo era su padre, cualquier otro, enjuto o robusto, recibiría un fuerte puñetazo.

—Papá, preferiría que no me llames así.

—Lo sé, hijo, pero es un vicio del que me cuesta desprenderme. En todo caso me gusta tu trabajo, espero que te den buena nota.

—¡Bah, lo dudo! La profe de historia no pone buena nota ni siquiera a los enjutos como ella.

—No digas eso. Sabes que la discriminación está prohibida. Incluso pensar en ella.

El chico recogió su lector y salió deprisa. El autobús pasó a los dos minutos, puntual como siempre, para llevarlo al centro de enseñanzas.

Ram'Ek se quedó solo en su casa. En la actualidad vivía solo con su hijo, después de que la madre decidiera romper la relación. Por lo menos había sido una ruptura pacífica y se tuvo en cuenta el deseo del hijo de ambos de convivir con su padre, sin dejar de visitar a su madre todas las semanas.

Recogió un poco el desorden reinante, pero ya no tenía tiempo para más. Su propio autobús llegaría en diez minutos.

Tomó su cartera con el lector universal y salió a tiempo.

El autobús viajaba por un tubo neumático a gran velocidad. Se detuvo para recoger a tres pasajeros (dos enjutos y una robusta) y por fin llegó al centro ocupacional.

Todos los pasajeros abandonaron el vehículo. Ram'Ek buscó la senda automática del laboratorio de ingeniería.

Algunos automóviles pasaron a su lado. Recordaba que en los siglos 20 y 21 era habitual que las calles estuvieran repletas de vehículos, muchos de ellos altamente contaminantes. Pero los cambios sociales de finales del 21 acabaron con aquella barbaridad. Ahora, todos los automóviles eran unipersonales y quienes los usaban debían demostrar que no podían usar los servicios públicos por alguna razón, como vivir en un lugar muy aislado donde no llegaban los tubos de autobús.

Marta era su jefa en el laboratorio. Era una enjuta, pero eso no tenía importancia, salvo por un detalle: si fuera robusta, le habría gustado. Pero esa delgadez, ese rostro aplanado rompían el efecto agradable de aquellas caderas y senos... En todo caso, era mejor no tener líos con la jefa.

—Hola, Marta. ¿Alguna novedad?

—No, Ram'Ek, tengo una nueva batería de pruebas que debes hacer. Las que hizo Julián son perfectas, eso sí.

—Como deseas.

Julián era enjuto y se decía que era la pareja extraoficial de Marta. Comentarios que se hacían a escondidas, por supuesto.

—Y dime, ¿qué tipo de pruebas debo hacer? ¿Alguna variable en particular?

—La potencia. Hasta ahora hemos comprobado los diferentes circuitos, pero nos falta por variar los diferentes niveles de potencia.

—El campo de desplazamiento podría activarse.

—Según la teoría, eso sólo sucederá por encima del nivel 45. Procura estar por debajo.

—La teoría de Julián, no la mía.

—Sí, ya sé que tus cálculos dan un valor más bajo. 41, ¿no?

—Exacto.

—Bueno, pues queda por debajo del 41.

—De acuerdo. Voy a empezar enseguida.

Ram'Ek entró en la cápsula, una esfera transparente con un asiento y una consola llena de controles. Llevaba ya semanas probando el efecto de distintos mandos, pero hasta ahora la potencia había sido la mínima.

No tenían claro qué sucedería si se elevaba la potencia por encima del umbral, pero la teoría lo decía bien claro: saltarían a otra realidad, a otro universo paralelo.

Ese era el objeto de la cápsula, por supuesto, si bien antes había que someterla a toda clase de pruebas. Tal había sido el trabajo de Ram'Ek, entre otros.

El asiento era ancho, adecuado tanto para un robusto como un enjuto, y podía ajustarse. Ram'Ek lo encontró angosto, seguro que Julián lo había amoldado a su cuerpo. Ensanchó el asiento y rebajó la altura para tener los pies al nivel de los pedales.

Activó los controles y subió la potencia hasta el valor de 30.

La cápsula vibró y todos los indicadores se mantuvieron correctos. Siguió manipulando mandos y de vez en cuando subía la potencia, hasta llegar a 40.

Sintió la tentación de pasar a 41 o 42, pero eso activaría el campo, y no era lo previsto para esta tanda.

Por fin, desactivó todos los controles y salió de la esfera.

Marta lo estaba esperando.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Como la seda. Podría haber activado el campo, pero no me pareció lo adecuado.

—Mañana lo haremos. Tú, lo harás, Ram'Ek.

Aún tenía cosas que hacer en la empresa, pero el tiempo pasó deprisa. A la hora prevista, el robusto salió del laboratorio, subió al autobús y llegó a su vivienda. Allí lo esperaba su hijo.

A media noche, recibió una llamada en su comunicador personal. Estaba durmiendo, pero la señal estaba programada para despertarlo.

Tardó un poco en captar de quién procedía la llamada; poca gente tenía el código para despertarlo de noche.

Era Marta.

—¿Qué ocurre, jefa?

—Necesito que vengas urgentemente. Ya lo verás.

Ram'Ek despertó a su hijo para darle las instrucciones; tal vez no estuviera a la hora del desayuno.

A esa hora no funcionaba el autobús, por lo que llamó a un automóvil.

El vehículo robot se detuvo frente a su vivienda. Ram'Ek programó el destino y sin más el pequeño auto se puso en marcha.

En el laboratorio, Marta lo estaba esperando en la puerta.

—Tenemos un grave problema. Julián activó el campo de desplazamiento. Un experimento no programado, por cierto, cuando no había nadie en el laboratorio. Si siquiera se realizaron las grabaciones de rigor.

—¿Y qué pasó? —preguntó el robusto.

—No lo sabemos. Su cápsula desapareció y no ha vuelto.

—¿Y alguna indicación?

—Sólo esto —Marta le enseñó un minúsculo cristal de memoria—. Dejó un texto grabado.

—¿Puedo verlo? —Ram'Ek no podía olvidar que ella era su jefa. No era correcto darle una orden, sólo sugerencias.

—Por supuesto.

«He decidido cambiar el mundo. Nosotros los enjutos siempre estaremos oprimidos por los robustos, así que buscaré cómo solucionarlo. Cambiaré el presente haciendo que los robustos desaparezcan. Así los enjutos podremos tener un mundo para nosotros solos».

—No lo entiendo— dijo Ram'Ek tras leer aquello—. ¿Cómo podría cambiar el presente? La cápsula permite viajar a otra existencia paralela, pero no hacia atrás en el tiempo.

—Creo que deberías conocer otro proyecto, uno que puse bajo el control de Julián.

—De acuerdo.

Fueron a una parte de las instalaciones que Ram'Ek no conocía. Un laboratorio no muy distinto del suyo, donde se podía apreciar una cápsula transparente.

—¿Otra cápsula de desplazamiento universal? —preguntó el robusto, algo mosqueado.

—Nada de eso. Es un dispositivo de visualización temporal, lo llamamos el cronoscopio. Se acopla a un soporte similar a las capsulas de desplazamiento, pero según Julián era sólo para aprovechar la infraestructura.

—¿Y dónde está ese cronoscopio?

En efecto, la cápsula era una estructura vacía. Estaba claro que le faltaba algo.

—Ese es el problema —replicó Marta—. No está. Creo que lo acopló a la cápsula de desplazamiento. Va a resultar que no pretendía aprovechar una infraestructura ya desarrollada, como dijo, sino instalarla en una cápsula de verdad para tener un nuevo aparato.

—¿Puedes explicarte?

—Una cápsula de desplazamiento temporal y universal. Podría ir a otro universo o a este mismo pero en otra época. O cambiar algo y generar otro universo paralelo.

—Lo que no entiendo es cómo pudo construir algo así sin que tú, la jefa, se diera cuenta. Salvo que hubiera algo entre los dos, y perdona que lo diga. Vosotros dos sois enjutos, ¿puedes asegurarme que no te dejaste llevar por algo hacia él?

—Me temo que sí. Supongo que he fallado en mis deberes de supervisión.

—No soy yo quien debe decirlo. Sigues siendo mi jefa.

—De acuerdo, pero sabes que después de mí estás tú. Y mereces ser el jefe en mi lugar.

—¿Renuncias? No puedes hacerlo ahora.

—No lo hago. Pero creo que seguiré tus sugerencias, Ram'Ek, porque ahora tú decides.

—Mientras no me nombren jefe, no puedo.

—No seas idiota. Aceptaré tus sugerencias, pero haz algo. A mí no se me ocurre.

Ram'Ek tomó el mando efectivo, aunque ante los demás, Marta seguía siendo la jefa. Pero ella había perdido toda iniciativa ante la traición de que había sido objeto por parte de Julián.

El texto que dejó atrás era una pista. Y el simple hecho de que lo dejara mostraba a las claras que no esperaba que pudieran detenerlo. Ram'Ek decidió que había que hacer todo lo posible por detenerlo.

El cronoscopio había desaparecido, por supuesto, pero quedaban los planos.

—¿Cuánto tardaremos en fabricar otro? —le preguntó a Marta.

—Un mes como mínimo.

Mientras tanto, había otra cápsula. No la vacía de todo creada para el cronoscopio, ésta era una cápsula de desplazamiento de respaldo casi operativa.

—Hay que terminar de ponerla a punto —dijo Ram'Ek.

Aún quedaba otra investigación: los documentos de Julián. ¿A qué época se habría dirigido?

Y otra pregunta pendiente: ¿cómo sabrían si había tenido éxito? La respuesta la daría la cápsula de desplazamiento, una vez fuera operativa.

El equipo de computación de Julián estaba bien protegido. Un conjunto de claves ingeniosas impedía el acceso a cualquiera.

Pero Ram'Ek no era cualquiera.

—Existe la idea entre los enjutos de que los robustos somos estúpidos —solía decir, aunque nunca donde le pudiera oír un enjuto, como Marta.

Ram'Ek logró romper las claves del aparato de Julián y así descubrir sus archivos de historia.

El encuentro entre robustos y enjutos, cuarenta y cinco mil años atrás, era una época que parecía haber interesado a Julián. Ram'Ek la conocía muy bien.

La leyenda hablaba de Ra-Mé un personaje mítico que había conseguido la paz entre los invasores enjutos y los nativos robustos. Había varias teorías acerca de Ra-Mé, incluso se discutía si había sido un robusto o un enjuto. Pero poca gente ponía en duda su existencia, y que sin él tal vez los enjutos habrían acabado con los robustos gracias a su superior tecnología: armas arrojadizas y pieles cosidas, con lo que resistían mejor el frío glacial, entre otros recursos.

Los documentos de Julián mostraban su enorme interés por Ra-Mé y lo que hizo. En especial un texto muy protegido que Ram'Ek logró recuperar aunque se había borrado.

«Ra-Mé tuvo que ser un mesías de los enjutos africanos. Un líder religioso que promovía el amor y la paz en una época en que lo normal eran las guerras. Un traidor a su especie».

Eso señalaba la época, sin duda. Ahora sólo faltaba localizar a Julián antes de que acabara con Ra-Mé.

Mientras, el cronoscopio nuevo aún estaba inconcluso, pero la cápsula de respaldo estaba lista.

Ram'Ek inició las pruebas pertinentes. Y no tardó en estar listo para usar potencia de salto.

—Ten cuidado— le dijo Marta.

—No te preocupes, jefa. Llegaré al nivel 42, veré lo que sucede y volveré de inmediato. Si puedo, claro. Si no, ya sabes lo que le sucedió a Julián, y suspenderás los experimentos, supongo.

Una vez más entró en la cápsula, que ya casi era parte de su cuerpo. Activó los controles y, cuando todo estuvo a punto, subió el nivel de potencia.

40 y todo normal.

41, se inició una fuerte vibración.

42 y todo desapareció.

Ram'Ek miró a su alrededor. La cápsula estaba en una inmensa sala, mucho mayor que su laboratorio. A su alrededor, todos eran enjutos, vestidos de forma peculiar, sin duda. Uno de ellos intentó acercarse, pero el robusto bajó el nivel de potencia a 40 de nuevo.

Volvía a estar en su laboratorio. Su universo.

Apagó la máquina y salió temblando. Casi derriba a Marta al intentar apoyarse en ella. Un técnico robusto corrió a ayudarlo y en él ya se pudo apoyar.

—¿Qué pasó? —preguntó Marta.

—Primero, jefa, ¿podrías decirme lo que sucedió aquí?

—La cápsula desapareció. Se creó un vacío en su lugar. Y poco después volvió a aparecer, desplazando el aire. Eso fue todo. ¿qué observaste tú?

—Fui a otro lugar. Una especie de laboratorio, mucho mayor que éste. Y lleno de enjutos.

—¿Sólo enjutos?

—Así es. No vi un robusto ni por casualidad. Creo que Julián tuvo éxito y creó un universo paralelo donde los robustos hemos desaparecido.

Saber que existía el mundo paralelo hizo que todo tuviera mayor sentido para Ram'Ek.

Lo primero era tratar de averiguar todo lo posible acerca del otro plano paralelo. En particular, ¿dónde se había separado del suyo propio? O, en otras palabras, en qué punto de su historia había intervenido Julián.

Para eso tendría que contactar con los habitantes del otro mundo. Con los enjutos de aquel enorme laboratorio.

Esta vez se preocupó de tener una imagen digna, pues sería el embajador de su plano.

Según la opinión de Marta, llevando la potencia a 45 se podía mantener la cápsula de forma indefinida. Tal vez incluso podría desconectarse la máquina y volver a activarla.

Eso fue lo que hizo Ram'Ek.

Esta vez no le sorprendió ver el otro lugar. Ni a los enjutos que se le acercaron, temerosos. Con rapidez, desconectó los mandos y comprobó que todo estaba parado. Podría haber salido si hubiera querido, pero eso sería la próxima vez.

Antes de que los enjutos se acercaran demasiado, volvió a encender el aparato, subió la potencia hasta 45 y volvió a su mundo.

—Perfecto —explicó a Marta y a los demás—. La próxima vez me quedaré.

—Primero debemos revisar la cápsula.

—Opino que no, jefa. Si no le molesta, voy a volver de inmediato. Ellos lo están esperando.

Marta se sintió desautorizada, pero no tenía importancia.

—De acuerdo —dijo.

Otra vez se activó el aparato.

Tras aparecer ante los extrañados enjutos, Ram'Ek apagó todo con rapidez y abrió la compuerta.

El aire olía diferente, a plástico y aceite más que a flores, pero era respirable.

Saltó al suelo que, para su sorpresa, era metálico. Una rejilla metálica, en realidad. Pero soportaba la cápsula a la perfección.

De hecho, había un receptáculo con la forma y tamaño exactos. Justo como si lo esperaran.

—Me llamo Ram'Ek y vengo de un plano paralelo —dijo.

No sabía si podrían entenderlo, pero tenía que decir algo.

Los enjutos más próximos se miraron entre sí. Vestían batas blancas y sus rostros mostraban la variedad de tonos habitual entre los enjutos: desde rosados como los robustos, hasta el tono marrón oscuro propio de los enjutos de África.

—Bienvenido, «Ramec», me llamo James y soy el jefe de planta —respondió uno de aquellos enjutos—. Llevamos esperándolo mucho tiempo, desde que apareció su nave por primera vez.

¡Se le podía entender a la perfección! Eso indicaba que la diferenciación entre planos paralelos no había afectado a los lenguajes. ¡Mejor, pues aceleraría las cosas!

Marta estuvo llena de preocupación los quince días que Ram'Ek pasó en el plano paralelo. Cuando, ¡por fin! La cápsula apareció, saludó con alegría al viento formado cuando la masa de la esfera se materializó de súbito.

—¡Ram'Ek! ¡Has vuelto!

Un cansado explorador salió del aparato para encontrarse entre los brazos de la jefa enjuta.

Todos los presentes quedaron asombrados, él el primero.

—No me esperaba semejante recibimiento.

La jefa logró recuperarse y guardar las formas.

—Esto, ¡me alegro de que estés bien! Todos estamos sobre ascuas. Has estado quince días fuera de nuestro universo, sin duda habrás descubierto algo. ¿Tienes alguna noticia de Julián?

—Disculpe si antes de rendir mi informe hago una pregunta, jefa. Espero que hayan tenido tiempo para terminar el cronoscopio. ¿Es así?

—Pues sí, está listo para su instalación.

—Perfecto, porque ya sé lo que debo hacer para detener a Julián. O por lo menos para compensar lo que ha hecho, pues no tuve noticias tuyas. Claro que si viajó a cuarenta y cinco mil años en el pasado, no hay testimonios escritos de esas épocas.

—Sin duda habrá alguna leyenda, como la de Ra-Mé entre nosotros.

—Ra-Mé es la clave, jefa, y lo capté tan pronto como aquellos enjutos me llamaron Ramec, que es como entendieron mi nombre. Son todos enjutos, Marta, los robustos fueron extinguidos en su línea temporal.

»Si mencionas a Ra-Mé recordarás que fue él, en nuestra línea de tiempo, quien logró cierto equilibrio entre las dos especies humanas. Y eso nos lleva a mi nombre.

—¿Qué tiene que ver tu nombre?

—Mis padres me pusieron Ram'Ek en memoria del ser de leyenda. Pero creo que no será así.

—No te entiendo.

—Es simple. Viajaré al pasado del plano alternativo y trataré de lograr la paz entre robustos y enjutos. Así podré compensar las maniobras de Julián.

—Es peligroso. Y no es seguro que puedas lograrlo.

—Peligroso sí. Pero también seguro. Lo lograré, estoy convencido. ¿Es que no lo captas?

—Me temo que no.

—Yo soy Ra-Mé. Cuando consiga el equilibrio entre nuestros antepasados, los míos y los tuyos, Marta, habré dado lugar a la creación de otra línea temporal, otro universo paralelo.

—¡El nuestro!

—Exacto. Por eso estoy seguro del éxito.

Por fin, Ram'Ek se retiró a descansar. Aún faltaba acoplar el cronoscopio a la cápsula, antes de lanzarse a la aventura definitiva de su vida.

Entretanto, volvió a su casa. Quería estar con su hijo, y despedirse de él tal vez para siempre.

De vez en cuando le venían a la memoria detalles curiosos del otro plano paralelo. Por ejemplo, aquellos enjutos le habían proporcionado suficiente información sobre los humanos extinguidos, esos a los que llamaban neandertales.

Félix Díaz González

Félix Díaz González nació en Caracas. Actualmente reside en La Laguna, Tenerife, y tiene un hijo. Fue profesor de Secundaria, rama de Formación Profesional de Imagen Personal, ya jubilado.

Actualmente se dedica de pleno a escribir.

Desde los años 80 del siglo pasado ha participado en diversos fanzines de ciencia ficción. De esa época son sus primeras publicaciones: **Alma de Perro** en la revista **Nueva Dimensión** e **Historia de Draco**, cuento infantil publicado por CajaCanarias en la colección **Historia de Draco y otros cuentos infantiles**.

En 2005 logra ver publicada su primera novela, **Exilio**, por Ediciones Idea. Posteriormente ha publicado **Como el Fénix**, **Nafragios**, **Draco y otras historias para niños**, **Uzoné el pequeño astronauta**, **Jimmy Cara de Caballo**, **Bentorán** y **Aislados** todos ellos en la misma editorial (el último al alimón con Ediciones Agure). También, **Crónicas de Bistularde**, con editorial Atlantis.

Sus últimas publicaciones: **Rojo**, de eXtintae-ditores, **Titanes** e **Historias de Isabel** con Ediciones Irreverentes, **vuelta a la tierra**, con Espiral Ciencia Ficción, **Estrella de los asteroides** y **Exoplaneta**, en Amazon.

Además, ha participado en diversas antologías de relatos.

Premios: finalista del **Certamen de cuentos infantiles escritos por adultos**, de CajaCanarias 1982 (*Historia de Draco*); ganador del **V Premio Incontinentes de narrativa erótica**, de Ediciones irreverentes 2015 (*Historias de Isabel*).

Tiene un blog: <http://diariodebaldo.blogspot.com>, donde suele colocar algunos de sus relatos.

El anillo del lobo

Julio Montero

«Desde la trinchera francesa podía observar cómo numerosos de mis compañeros Fusileros de Lancashire iban cayendo bajo el fuego de las ametralladoras *MG 08* alemanas que escupían balas a una velocidad endiablada. Qué lejos quedaba ya la tranquilidad del campus universitario británico.

El sonido de nuestros fusiles *Lee-Enfield* se mezclaba con el contrapunto atronador de los morteros y obuses, lo que dificultaba mi ardua tarea de descifrado de las comunicaciones; muchas veces recibidas mediante una eficiente paloma mensajera.

Tras largos días de aparente tranquilidad el comandante en jefe había dado la orden de realizar la ofensiva. Llegaba nuestro turno de avalancha. Yo no estaba ni preparado ni de acuerdo con el general Haig en la estrategia de la batalla de ruptura, ocasionan demasiadas bajas para ganar un mínimo de terreno. El capitán al mando se encargó de recordarme que de poco me servía aquí mi licenciatura universitaria, que seguiríamos sus órdenes como ovejas que éramos.

Somme, 1916, Notas de Ronald Tolkien (sobre apuntes de Alois. A. H. Schicklgruber)».

Salimos en masa. Mi compañero Leslie sale primero y veo cómo una bala lo fulmina cayendo al suelo. No siento miedo, siento pánico. Estoy paladeando el desasosegante sabor de la muerte, esa muerte que tantas veces había reflejado en mis escritos, pero aquí el telón de cualquier atisbo de humanidad había desaparecido. No tengo tiempo de ver la gravedad de su estado cuando de repente empiezan a llovernos ladrillos del cielo y doy gracias a nuestros aliados franceses por introducir el casco de acero frente al antiguo de cuero. Son aeronaves de reconocimiento que sobrevuelan nuestras cabezas, sin duda para detectar las posiciones de artillería. Voy rezando inconscientemente por no pisar ninguna mina cuando tengo que usar mi bayoneta hundiéndola en el cuello de un enemigo que intenta golpearme con los refuerzos metálicos de su maza.

Otro soldado francés no tiene la misma suerte, siendo alcanzado por el brutal *pickelhaube*, ese arrogante pincho del casco, que el alemán le clava en el rostro repetidas veces. Me propina un aluvión de sesos, sangre y astillas de hueso que apenas puedo limpiarme

de la cara cuando vació mi cargador a ciegas abatiendo a su casi invisible agresor. Me tiro al suelo para poder recargar sin exponerme en exceso y noto sobre mí un pesado cuerpo inerte germano que venía por mi flanco izquierdo. Es una cacería. Sin depredador. De humano a humano. Los doce kilos extra de mi coraza de hierro apenas me permiten levantarme cuando ésta empieza a absorber certeras balas sin duda de un *Mauser Gewehr 98*. Una de ellas la traspasa y caigo sobre el embarrado terreno del Somme.

Contemplo desde el suelo cómo los soldados se mueven en múltiples direcciones sin sentido y van cayendo heridos o muertos bajo el resplandeciente cielo francés. Los gritos y alaridos de terror tamizan el dantesco espectáculo. Mi malogrado cuerpo yace inmóvil. Comienzo a percibir un olor que me es familiar, pero que ya casi no recordaba. Una mezcla de ajo y cebolla, envuelto en una amarillenta nube que nubla mi vista e inunda mis pulmones. Intento inútilmente protegerme del gas mostaza poniéndome la máscara mientras me desvanezco. Mi último pensamiento evoca el rostro de mi amada Edith... Edith...

Esto es alucinante. Hago *respawn* en otra zona del mapa, pero ahora reaparezco con un «discreto» pantalón rojo en la torreta de un tanque oruga, cómo no, Renault. Este videojuego es increíble: ¡qué texturas, qué definición! Los movimientos de los personajes no pueden ser más reales. Y el sonido. No doy crédito, se oye cualquier mínimo detalle, desde las pisadas en el barro hasta los atronadores motores de los distintos aviones, con una veracidad inimaginable. No consigo contener la emoción. Tengo que decírselo a Laura.

Todavía sentado, alcanzo mi móvil y escribo. Como no recibo contestación decido levantarme a telefonar desde el salón.

—¿Sí? —responde Laura al auricular acaloradamente.

—¿Por qué no contestas a mis wasaps?

—Tengo el móvil silenciado —contesta severa al tiempo que se oye un fuerte acorde disonante de piano—. Intento estudiar un mínimo de ocho horas diarias o no sacaré adelante esta sonata en tres meses para el recital.

—Lo sé, cielo, pero esto es importante —digo en un tono más que jovial—, tener que llamarte al teléfono fijo no me hace gracia; si me contesta tu padre aún no sé que decirle.

—Has probado con... ¿Hola, está Laura? —añade sarcástica—. A ver, ¿qué es eso tan importante? —pregunta tratando de ser condescendiente.

—Muy graciosa... ¡Que ya he probado la versión alfa cerrada del juego! —exclamo con una sonrisa que me cubre el rostro y continuo rápido y atropelladamente—. Recibí el *link* de descarga anoche, solo pesaba siete *gigabytes*, lo bajé y estuve haciendo de *alphatester* todo el día. Ya he encontrado algunos *bugs*.

—Luis, sabes que no hablo esa jerga de informático-listillo. ¡Tra-du-ce! —silabea ella tratando de empatizar.

—Vale —asiento suspirando esa palabra y ralentizo mi voz—. He probado la primera versión del juego. He descargado el enlace con un código de acceso que me ha suministrado la distribuidora. Lo he jugado unas horas y ya he detectado algunos errores de programación. ¿Mejor?

—Algo —bromea ella.

—Sabes que tenía el *hype* por las nubes cuando... —rectifico al instante— que tenía una gran ilusión cuando sus creadores anunciaron en la conferencia de mayo que en verano solo unos elegidos podrían descargarlo, ¿recuerdas? Pues ahora estoy más contento que cuando aprobaba todas en junio —afirmo jocoso.

—Ah, el juego ese ambientado en la Primera Guerra Mundial —asiente Laura ya desconcentrada totalmente de su tarea pianística.

—¡Sí, ése! —respondo con notorio júbilo.

—¿Tus padres siguen en Venecia, no? —pregunta ella bajando el tono a un susurro.

—No regresan hasta el martes —confirmo.

—Entonces dame una hora. Me tomo esta noche libre y podrás enseñarme lo que quieras —dice juguetona.

—Veo que tantas horas al piano te carga de energía. Qué suerte tengo —mascullo—. Bajaré al restaurante a por algo para la cena que la noche se prevé larga. Un beso.

—*Ciao caro* —se despide cariñosa.

Mientras organiza en modo piloto automático un pequeño neceser con sus cosas, comienza a repasar mentalmente al piano un veloz pasaje con tresillos de corcheas en la mano derecha que le trae de cabeza por su dificultad.

Es la parte del desarrollo de la «Sonata Melkor», donde el poderoso tema de Ilúvatar se expone en octavas quebradas en la mano izquierda. El pasaje culmina en fortísimo con el sonoro acorde Manwë inicial, ahora ejecutado con ambas manos en los profundos graves del piano, que ha de ser arpegiado impecable y contundentemente. Después de tres días de sesiones de ocho horas todavía sigue cometiendo algún error, por lo que se confirma que lo mejor es desconectar unas horas.

Sin darse cuenta está timbrando en mi portal.

Lo que menos le gusta de su novio es que sea un adicto a los juegos que recrean guerras mundiales. Le digo que sin duda se debe a las diferentes asignaturas que tuve que cursar sobre la Edad Contemporánea. Poder participar de algunos acontecimientos, aunque sea de manera virtual, es un lujo y un placer indescriptibles.

Al menos ahora sé que está orgullosa de mí, ya que por fin he conseguido la licenciatura que estudiaba cuando nos conocimos en las navidades del 2006, en el concierto de año nuevo que daba su admirado Daniel Barenboim en Buenos Aires. Por aquel entonces yo aún cursaba segundo curso de Relaciones Internacionales en la Universidad de Palermo.

—La verdad es que me hacía mucha falta —dice Laura entre sonriente, acalorada y sudorosa, abanicándose con ambas manos y con la vista clavada en el techo.

—Sí, «lo primero» es lo primero —bromeo lacónico y muy relajado—. Mis padres deberían irse más veces de vacaciones —concluyo mientras le coloco un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Qué hacen los altavoces que te regalé en el techo? —pregunta atónita poniendo los ojos como platos.

—¡Es el nuevo formato envolvente! Trescientos sesenta grados de sonido revoloteando por la habitación. ¡Verás cómo suena cuando nos sobrevuele algún avión! Ya te había dicho que cuando tuviese tiempo los colgaría así. Parece que la sonata esa no te deja pensar en nada más.

Antes de darle tiempo a decir nada doy un respingo de la cama y apago la luz. Enciendo la consola, el proyector de resolución *4K HDR* y el amplificador de sonido *surround 7.1.4* al tiempo que voy narrando en voz alta todo lo que hago con suma meticulosidad; para mí es como un ritual.

Laura suspira entre resignada e inquieta, tratando de atar cabos y entender, una vez más, cómo he sacado una matrícula de honor en la asignatura hueso Historia Contemporánea II y a la vez disfruto como un crío con lo último en tecnología digital.

Para ella la alta tecnología es un piano *Pleyel* de los años treinta de hace dos siglos y augura que ninguna máquina virtual actual podrá igualar su sonido aún en muchos años.

—¡Listo! Nos vamos al año 1916 —enuncio en plan docente—. Yo ya he llegado a la parte central, pero a ti te pondré la *Intro*, o sea, el inicio, donde veremos cómo en el norte de Francia los británicos junto a los franceses intentan romper las germanas líneas enemigas tras...

—Corte el rollo, señor profesor —me interrumpe— y dele a la «x» del mando.

—¡Anda, pero si sabes que hay un botón con una «x»! —entono bastante cantarín y le sonrío cizañero.

—Sé que hay unos quince o dieciocho botones que no me explico cómo consigues manejar, pero apura que me está entrando hambre.

—No se usan todos a la vez —alego socarrón—, ¡y que no lo entiendas tú que mueves tus diez dedos a una velocidad endiablada por esas ochenta y ocho teclas!

Laura amaga con levantarse mientras rebusca su ropa interior entre las sábanas. No vacilo y al tiempo que acciono el mando me lanzo sobre la cama y la aprisiono con mis brazos para que no se escape. Cede y nos acurrucamos cómodamente, expectantes.

Interior de una kilométrica trinchera. Soldados apelotonados, mugrientos, cansados, hambrientos; sus frías caras son las de la muerte.

La noche es propicia para las incursiones, pero el sol despunta ya amenazante por el horizonte posibilitando de nuevo la caza con mira telescópica de los hostigantes francotiradores. Centinelas agarrados a su fusil con la bayoneta calada preparados para incursiones de captura de enemigos, ojo avizor, mirando a tierra de nadie, esa zona entre ambos contrincantes llena de lodazales con cuerpos en descomposición que impregnan el aire de fétida muerte.

Ese olor a carne podrida que se percibe a grandes distancias algunos intentan olvidarlo leyendo o escribiendo. Otros tumbados, tratando de conciliar un sueño que nunca llega a causa de esas infectas ratas inmensas como gatos que se les echan encima, atraídas por el

mismo nauseabundo olor. Los que sobreviven a las balas o se libran de ser despedazados por los obuses pueden sufrir las mordeduras de esas descomunales ratas y acabar contagiados por alguna de las enfermedades que transmiten.

La rueda de la fortuna no juega limpio.

El teléfono de campaña había sido destruido en el último bombardeo por lo que llevaban varios días incomunicados. Ninguna paloma había llegado tampoco. La insoportable inactividad se rompe de repente con el sonido del trote de un soldado a caballo.

—Mi capitán, acaba de llegar este despacho —dice el cabo de guardia.

El capitán asoma la cabeza entre los tablones medio derruidos que mantienen en pie su habitáculo.

—Sargento. ¡Sargento! Busque al oficial de comunicaciones y hágale venir *ipso facto*.

Mientras el sargento inicia la búsqueda por la zigzagueante trinchera, a seis curvas de allí el teniente segundo Ronald y un prisionero alemán parecen concentrados en una declarada disputa dialéctica.

—¡Eso es porque los ingleses carecéis de mitología! —asevera el alemán.

—¿Cómo que no tenemos? ¿Y las leyendas artúricas? ¿Y *Beowulf*? —inquire Ronald.

—Olvídate de esas menudencias. La riqueza de la nuestra es en lo que deberías fijar tu atención —se incorpora con dificultad—. Esos poemas que pretendes escribir no alcanzarán su meta si no profundizas en la forma en que, por ejemplo, Goethe habla de los elfos, de su rey y cómo los contrapone a los enanos u otros seres malignos. ¿Qué estás haciendo? —pregunta extrañado viendo cómo Ronald guarda su cuaderno de notas.

—Ya lo ves. De poco me van a servir estas anotaciones cuando iniciemos la ofensiva.

—Pero estos días tomabas nota de todo cuanto te contaba —dice mientras camina con irregularidad—. Ahora que iba a hablarte de los métodos de tortura infligidos a las brujas, es mi parte favorita del manual *Malleus*...

—*Maleficarum* —interrumpe Ronald completando el título—. Sí, lo conozco; yo no le llamaría «manual», precisamente.

—Pues sí, la Inquisición así lo denominó. Una justificación para sus actos sanguinarios; muy instructivo. La tortura forma parte de la vida, Ronald, jueces y magistrados lo veneraban.

—No me vengas con pretextos de altos vuelos, atrocidades las veo aquí cada día, Alois. Estoy ya agotado física y moralmente. No puedo asimilar tanta depravación. No seas indolente —dice enervado.

—Anota, compañero, anota todo lo que aquí sucede, es la mejor simiente para un buen texto, cuanto más desagradable, mejor —sugiere Alois que continúa caminando por su estrecho recinto a pesar de su cojera—. La semana pasada hablamos de Wagner...

—Calla, sabes que su música la soporto aún menos que la comida francesa.

—Aún así me reconociste anoche que su libreto de la Tetralogía sobre «El anillo del nibelungo» te apasiona como a mí. Sus quince horas de música solo podría hacerlas un coloso de la disciplina. Permíteme recordarte que, al igual que Goethe, también es alemán. ¡Ves cómo somos superiores en todo! —grita excitado, acercándose a los sacos terrosos rodeados de alambre de espino que hacen de improvisado calabozo.

El cabo de guardia se levanta y con un brusco gesto de cabeza le ordena echarse hacia atrás. Obedece y se aparta frunciendo el ceño.

—No se trata de superioridad, «señor Schicklgruber» —espeta sin disimulado desdén—, sino de voluntad.

—A mí me vas a hablar de voluntad, Ronald —confiesa pensativo mirando concentrado al suelo—. Mi padre acostumbraba a golpearme con una gruesa vara de madera. Un día tuve la voluntad de no volver a llorar. Decidí sustituir el llanto por la enumeración. Contaba cada uno de los golpes recibidos.

—Lo siento mucho, Alois —pronuncia lentamente—, pero créeme que yo ahora no la tengo. Mi voluntad de escribir la he perdido aquí, en el campo de batalla. Además, tú deberías entenderlo, algo similar te pasó con la escritura y la pintura.

—¡No es lo mismo! Mi pasión artística ha disminuido porque mi odio hacia esos deleznable semitas se ha acrecentado estos dos largos años de guerra. Si no fuera por esta maldita pierna herida no me habrían cogido y estaría acribillando franceses... E ingleses también, no lo olvides.

—Eso me incluye a mí, ¿no?...

La retórica pregunta queda suspendida mientras ambos se mantienen la mirada.

—No lo dudaría ni un segundo, querido compañero —puntualiza mientras se sienta pausadamente y con manifiesta dificultad—. Veo que no entiendes la esencia de la guerra.

—Tú ves heroicidad en la batalla; yo sólo veo mediocridad y dolor. No estudié vetustas lenguas tantos años para ver cómo nos masacramos en estas malditas trincheras. No comprendo...

—¿Comprender? —rebate irritado—. Sólo sabes de lenguas, dices, y no «comprendes» que es éste el verdadero idioma universal —alega mientras señala el revólver Lebel del cabo, quién no le quita ojo a sus pausados movimientos—. Cuando os aplastemos en esta guerra entenderás que todo es un proceso de selección natural.

—¿Es que has perdido el juicio? —replica asqueado dándole la espalda caminando hacia la salida—. Si algún día regreso a mi casa lo que menos me apetecerá en mucho tiempo será escribir sobre nada y menos sobre encarnizadas guerras.

—Pero ese primer poema tuyo que me has leído era precisamente una batalla —reprocha Alois.

—Precisamente —se detiene—. Yo era muy joven y no había vivido el horror en mi propia piel. Nunca imaginaría que sería así —niega con la cabeza resignado—. En cambio tú, parece que disfrutes con esto, ¿qué clase de ser eres?... Por eso al alistarte cambiaste tu nombre por el de tu abuela paterna —arguye como descifrando otro de los muchos enigmas de su trabajo.

A medio camino de allí el sargento que continúa con su búsqueda, llega ante dos cabos ocultos tras una nube de milagroso tabaco.

—¿Dónde está el oficial de comunicaciones?

—Supongo que se refiere a Rosalind, señor ¿Dónde va a estar? Se pasa todo el día pegado al loco alemán ese que capturamos hace dos semanas —dice uno de ellos—. Continúe por ahí —señala hacia la izquierda de la bifurcación, donde un letrero de madera indica «trincheras R-T».

—Gracias... ¿Rosalind? —pregunta extrañado.

—Mi sargento, lo encontrará antes si pregunta por Rosalind.

El sargento retoma su marcha mientras ambos cabos se mantienen la mirada con una ligera sonrisa.

—¿Que qué clase de alemán soy? De la clase que sabe que en la vida uno ha de hacer lo que mejor se le da. En tu caso... escribir. Sigue mi consejo. En el mío... supongo que aún no lo he encontrado.

—Pues deberías hacer lo mismo. Tu odio hacia los eslavos te está cegando. No comprendo tu ansia de matar —dice Ronald a punto de irse.

—¡No te vendría mal a ti sentir la mitad de mi odio! Entenderías la diferencia entre los pueblos. Por eso los grandes arrasamos a los pequeños.

—¡Basta! No pienso seguir oyendo más sandeces. Claro que hay diferencias, pero culturales. ¡Y han de ser sometidas a estudio, no a un yugo ni ser aniquiladas! —reclama elevando el tono de voz para su propia sorpresa—. Parece que la fiebre te ha afectado a ti más que a mi. No pienso...

—Espera —susurra con voz más calmada—, no te vayas así. Pierdo los nervios fácilmente. Toma esto que he escrito anoche. Léelo y mañana lo comentamos... si te parece.

Alois extiende la mano y el cabo se levanta y recoge el papel. Lo examina y se lo entrega al teniente. Como está escrito en alemán le indica que, por seguridad, lo traduzca allí mismo. De mala gana, consiente y lee con voz grave:

«I. Bela Luz

Lloran las cuerdas al contemplar in situ cómo se desangra un violín.
Trescientos trombones mutilados, desmembrados en sombríos pizzicatos.

De repente, impoluta, una luz velada brota entre cuerpo y conciencia.

Susurrando palabras desayunadas por la flor
que un día alumbró el alma de los alemanes.

Dicen que han muerto los bosques.

Sin lágrimas.

II. Santa

En medio de la creación la destrucción somete.

La Nada se desata.

Nada es lo que queda después de la queda militar.

Todo sucumbe a la obstinada retreta de los Superiores.
Mientras el enemigo avanza silenciando cada nota del pentagrama ruge el mar
tratando de proteger a sus doce sonidos.
El caos propiciador de las gentes se ve ensombrecido
y encumbrado por la fantasía de los aviones.

III. Vie Natale

La tuba pretende ser col legno battuto,
el soberano de los verdugos que asesina las fronteras.
¡Vengan pues los porfiados necios oscuros!
yermos de verde música que una vez infectó sus manos,
ahora lasas, sin yemas de recuerdos.
Aplaque su sed de música el canto general y transforme el iracundo baile,
tambaleante aforismo del pueblo germano...
Hoja por hoja, diente por *Niente*.
Hospital de cajas sordas, de bombos cojos y
platillos mudos,
nadando en un desdeñoso chirrido de congoja.

IV. A Dobli...».

—¿Teniente Rosalind? —interrumpe a viva voz el fatigado sargento recién llegado,
levantando su mano derecha y realizando el saludo pertinente desde la puerta. Ronald se lleva
su dedo índice a la boca. Hecho el silencio prosigue su lectura, lenta y ceremoniosamente.

«IV. A Dobli

La música nos libera del tiempo que día a día nos apaga.
Hábil domadora, retarda y acelera su pulso.
Allemande doblegada en extraños acertijos de luz
y contrapuntos de un baile de infinita oscuridad.

V. El Rabí

Los muertos se levantan para llevarse las almas
de los ignominiosos judíos.
Ya no hay Teutón, nos ha abandonado.
Sólo queda la desesperación.

La frontera se disipa,
sólo domina la reina de la blanca figura.
El viaje ha concluido. Todo muere para no volver a nacer.
Un Ario redentor traerá la Victoria.

Alois A. H. Schicklgruber, 1916».

—¿Rosalind? ¡Se llama Ronald maldito francés! —grita, irritado, Alois desde el fondo de la trinchera. Se había estado conteniendo desde la interrupción.

—Disculpe, mi teniente, unos soldados me dijeron...

—No se preocupe, sargento. Dígame... —suspira mientras guarda el poema en un bolsillo manteniendo su mirada con la de Alois.

Ronald no consigue seguir el ritmo del sargento que parece que las seis curvas, ahora de sentido inverso, las ha memorizado a conciencia.

El capitán camina apresurado de pared a pared de la trinchera, contemplando impaciente a Ronald que continúa absorto en el comunicado cuando ve, de repente, que abre su libro de notas y empieza a garabatear signos.

Después de varias anotaciones, lecturas y tachones aclara concentrado:

—Mi capitán, aquí dice que mañana antes del amanecer debemos iniciar la ofensiva al sur del río. Toda la compañía ha de ser movilizada en pelotones de a diez. Son órdenes del general Douglas Haig —la imagen funde a negro.

—¿Qué? ¿Qué te ha parecido? —pregunto más que emocionado—. Lo que sigue a continuación fue lo que vi ayer, justo antes de telefonearte.

—Sí... No está mal —asiente Laura con ligera indiferencia—. La ambientación es buena; el barro de las botas, la textura de las paredes... y sobre todo la iluminación dentro de la trinchera. Lo que no me gusta son los rostros, los gestos son poco creíbles.

—Bueno mujer, han mejorado mucho en esta última década, pero le hará falta otra para conseguir la naturalidad deseada —justifico un poco a la defensiva—. ¿Cenamos?

—Me muero de hambre —exclama ella mientras se frota la barriga.

—Tenemos algo «ligerito» —me pongo rápidamente en pie e imito los gestos de un camarero poniendo su microfalda en mi antebrazo a modo de lito—. De primero una ensalada de endivias con peras y nueces de macadamia...

—¡Mis favoritas! —me interrumpe risueña aplaudiendo ligeramente con la punta de sus dedos.

—Aderezadas con queso roquefort. De segundo, un carpacho de res provenzal y baguette crujiente con queso de cabra y verduras a la parrilla —finalizo con una reverencia, adornando el cierre con una filigrana de mi mano derecha.

Una botella de Marqués de Cáceres del 2006 más tarde...

—La verdad es que me están entrando ganas de aceptar la propuesta de tus padres de trabajar en su restaurante. ¡Qué bien íbamos a comer todos los días! —dice Laura satisfecha tras la degustación.

—No, no hace falta. He conseguido un trabajo en un periódico digital. Me encargaré de las reseñas literarias —enuncio de forma muy contenida para ver su reacción. Ella se levanta de repente a abrazarme.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —se muestra muy cariñosa.

—Era para darte una sorpresa y por eso quería que vinieses. No creerías que era solo por ver el juego, ¿no?

Ella entorna los ojos y me mira con la cabeza ladeada escrutando una respuesta cuando de repente vuelve a lanzarse sobre mí y me llena de besos.

—¡Seguro que no! —ironiza— ¿Cuándo empiezas?

—La semana que viene tengo que entregar la primera crítica. Me han enviado ya un libro. Se trata de un autor totalmente desconocido, aunque lo escribió hace más de un siglo. Se sabe que tuvo alguna edición local.

—¿Ah, sí?, ¿y cómo se llama?, ¿de qué trata? —me atosiga llena de curiosidad llevándome de la mano al sofá.

—«La Batalla del Campo del Este»... es un poema, una especie de parodia de un libro sobre cantos romanos, del historiador Macaulay. Ronald Tolkien es su autor, y, según indican en la contraportada del libro, fue un profesor de literatura inglesa —Laura no puede disimular

un sonoro bostezo intentando mantener los ojos ya medio abiertos—. Y poco más, tendré que indagar sobre su biografía ya que tienen pensado editar más poemas suyos... pero veo que no te estoy entreteniéndome mucho.

—No cariño, no es eso, es que estoy muerta de sueño. Entre el piano y tú me habéis dejado agotada hoy. ¿Qué te parece si nos vamos a la cama y me lo cuentas engancho un sueñecito?

A la mañana siguiente me levanto y leo una nota de Laura: «Me alegro por lo de tu trabajo. Tengo que irme a estudiar. Disfruta del final del juego y métete cuanto antes con ese Tolkien. Un beso. Te quiere, Laura».

Preparo un rápido desayuno de café y tostadas que devoro en un santiamén para poder sumergirme de nuevo en la batalla. Me convengo de que acabar el juego me servirá para poder realizar *a posteriori* una buena crítica del libro; ambos son de temática bélica.

—Cabo Schicklgruber, mientras nosotros buscamos un refugio seguro para esta noche, usted inspeccione la zona y asegúrese que no queda nadie con vida —ordena su superior alemán al mando.

—Pero mi teniente, estamos en retirada, la aviación enemiga ya ha destruido casi toda la abadía. Apenas quedan algunas paredes en pie —replica Alois.

—¡Mire en los subterráneos, cabo! Solían hacer de improvisados hospitales y podría haber enfermos o heridos. Regístrelo a fondo. ¡Soldado Blaskowicz! acompañele con el lanzallamas —alza la voz, tajante.

—¡Sí, señor! —Se cuadra el soldado con un sonoro y firme taconeo de sus mugrientas botas.

—De ninguna manera, no pienso ir acompañado de un judío, mi teniente —disiente Alois—. No ve que están en esta guerra organizadamente ocultos en la retaguardia. Me dan náuseas. Quieren ser patriotas, pero solo piensan en amasar nuestro dinero cuando ganemos la...

—Cierre esa maldita boca, Schicklgruber —se aproxima amenazante, quedando a un palmo de su cabeza—. Yo mismo revocaré la orden de concederle la Cruz de Hierro. ¡Muévase!

Alois permanece inmóvil. Le sostiene la mirada soportando los perdigonazos de saliva lanzados por el enojado capitán. Se limpia lentamente sin decir palabra.

—Muy bien —murmura, viendo que Alois hace caso omiso—. Si cree que el haber escapado de prisión matando unos cuantos franchutes le concede algún derecho, no olvide que en nuestras filas también puede haber... bajas. Me da igual que cuente con el beneplácito del capitán Röhm. Ándese con ojo.

Comienzan a caminar entre los escombros, sorteando una inmensa y repugnante argamasa hecha de barro, huesos humanos y metal de metralla.

Llegan a una entrada al refugio inferior apartando los arbustos, cascotes y cuerpos desmembrados que desprenden un insoportable olor a descomposición, posiblemente de varias semanas. Acceden.

El olor es más nauseabundo aún. Alois desenfunda su pistola Luger P08 nueve milímetros parabellum y Blaskowicz enciende el lanzallamas que hace de improvisada antorcha...

Tras un trecho caminando sigilosamente, se detienen a cierta distancia ante lo que parecen las siluetas de dos hombres tumbados en el suelo. El golpe accidental a unas latas de comida vacías hace que uno de los hombres tumbados se despierte de repente. Al ver el *Kleinflammenwerfer* se levanta enloquecido intentando huir por la galería anexa. Blaskowicz lo persigue unos metros hasta que se detiene y lanza un veloz torrente de combustible en llamas. Es alcanzado.

Los alaridos de dolor despiertan al otro soldado, que se incorpora con dificultad, voceando el nombre de Smith que el eco se encarga de repetir numerosas veces. Apenas consigue vislumbrarlo a lo lejos. Observa una mancha azul amarillenta caer al suelo, entre aterradores gritos, que se van apagando lentamente; las llamas no.

Blaskowicz no tiene intención de ahorrar combustible. Cuando decide soltar el gatillo se acerca al fuego sacándose los guantes con intención de calentarse las manos. La estancia permanece fuertemente iluminada y con olor como a piel de pollo frita.

Alois continúa acercándose agachado, pegado a la pared, a lo que vagamente distingue como una sombra. Agarra con tensión la pistola.

—Esa voz... —la reconoce—. ¡Ronald!

Distingue el rostro de su antiguo compañero de disputas, a pesar de vérselo cubierto con un brazo que le protege de la cegadora luz. Alois se lo aparta lentamente y lo observa, entre una intermitencia de luz y sombra. El rictus de su cara refleja una absoluta desolación. Blaskowicz continúa acercándose, amenazante, lanzando pequeñas pero sonoras llamaradas.

—Apártese señor, yo me encargo —increpa Blaskowicz deteniéndose.

—¡No!

El sonido de tres casquillos de nueve milímetros rebotando en el suelo es ahogado por una nueva llamarada que refriega el techo trazando un arco. Blaskowicz cae.

—¡Ronald! ¡Ronald! ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí? —pregunta Alois, ignorando lo sucedido, al tiempo que intenta apagarle las llamas de su pierna izquierda.

Ronald no se inmuta. Continúa con la mirada clavada en la negra silueta de lo que fue su amigo.

—Soy yo, Alois. ¿No me reconoces? —lo coge por los hombros y lo agita con violencia.

Ronald gira lentamente la cabeza, mirándole a los ojos. Asiente.

—Dime, ¿qué haces aquí? —pregunta Alois.

—Yo..., eh..., llegué aquí... Él era mi único amigo de Oxford —balbucea mirando de nuevo el cadáver de Smith.

—Ronald, esto está muy lejos del Somme. ¿Qué te ha ocurrido? —insiste Alois.

—¿Quién era? —pregunta Ronald desviando la vista de su amigo y fijándose en el otro cadáver.

—Nadie. Un judío. Vamos, cuéntame...

Ronald se masajea los lados de la cabeza peinando ambas cejas con la palma de sus manos. Lentamente comienza a hablar.

—Poco después de escaparme... tuve dolores en las piernas más persistentes y fuertes cefaleas...

—«Fiebre de las trincheras», lo supuse a los pocos días de nuestras charlas —alega Alois.

—Sí. Por eso me enviaron aquí. Era un sitio muy tranquilo; escribía... estábamos bien atendidos... hasta que comenzaron los bombardeos. Médicos, enfermeras, pacientes... casi todos muertos. Sobrevivimos unos pocos. Cada día fallecía alguien por las heridas, el hambre o el insoportable frío. Solo quedábamos Smith y yo y no creo que aguantásemos mucho más. No sé cuánto tiempo llevo aquí.

—Habéis tenido suerte.

—Si a eso lo llamas suerte... —reprocha Ronald mirando de nuevo al malogrado Smith—. Veo que ya no cojeas —observa deambular a Alois.

—Ha pasado un año por lo menos desde nuestro último encuentro, además, exageraba bastante. Pero dejemos eso, ¿qué es ese montón de papeles de ahí? —señala Alois desviando la atención hacia una caja— Al final me has hecho caso y has vuelto a escribir... y mucho, por lo que observo.

—Qué más da eso ahora. No creo que sea el momento.

—Créeme, Ronald, no habrá otro momento —puntualiza con el rostro ensombrecido agachándose a coger los manuscritos—, nuestro pelotón está buscando refugio cerca de aquí. No creo que me echen de menos. Tenemos unas horas hasta que amanezca —entre los papeles encuentra su texto con anotaciones y correcciones—. ¡Lo has modificado! —exclama sorprendido.

—No fui solo yo, Smith hizo los principales cambios. Ambos nos dimos cuenta que los títulos de cada sección eran variantes modificadas de la palabra Diablo: Luzbel... Satán... Leviatán... Belial... Realmente ingenioso.

—Sí, la Biblia no tiene la exclusiva nominal. Árabes, griegos, hebreos... cada pueblo tiene su propia versión de Belcebú... Así que... Smith. Una pena, me hubiese gustado preguntarle porqué ha cambiado «judíos» por «vivos» aquí —se lo muestra, sentándose a su lado, señalando el papel con golpecitos del cañón de su nueve milímetros.

—Tal y como estaba sugería que realmente ellos, los judíos, son los que deberían ser ajusticiados. No tiene ningún sentido en el contexto que describes.

—Veo que no has entendido el significado del texto. Ni tu amigo tampoco. ¿Qué pensaría él si unos advenedizos invadiesen su país?, ¿no querría expulsarlos o eliminarlos? —disiente Alois en su frecuente tono enervado.

—Como habéis hecho vosotros con los belgas —censura Ronald, sin ánimo, palpándose las piernas con gesto de dolor.

—¡Y vosotros tratáis de defenderlos! ¿No veis que cuando una fuerza superior interviene ya nada se puede hacer? ¡Dejémoslo! —exclama cerrando los ojos y tratando de calmarse—. Mejor hálbame de tus escritos. Nunca nos pondremos de acuerdo.

—Precisamente ese es el tema —susurra con desgana—. Una fuerza supuestamente superior intenta derrotar a otra.

—Hay muchas palabras que no identifico, ¿en qué idioma lo has escrito? —enfunda la pistola y va pasando rápidamente los papeles.

—Estoy elaborando un lenguaje propio, mezclando raíces griegas, latinas y nórdicas. Pensaba llamarlo «elfolatín» —enuncia ligeramente acrecentando su entusiasmo en la charla.

—¿En qué país se desarrolla? —pregunta Alois con interés.

—También es uno propio, al igual que sus personajes. Verás... mezclo razas antropomorfas basadas en seres de leyendas medievales, como enanos, elfos, magos...

—O sea, que has seguido la idea de Wagner. Tal y como te sugerí —dice satisfecho Alois.

—No exactamente. Yo elaboro una mitología nueva, aumentándola y recreándola en varias partes. Suceden a lo largo de una extensa cronología, en distintas edades. Está todo ahí abocetado. Llevará su tiempo el redactarlo.

—¿Cómo que no? Esto que describes es todo del Anillo wagneriano —reprocha Alois visiblemente enfadado.

—Él se basó en la mitología nórdica —defiende Ronald con tranquilidad.

—¡Pero la ha hecho nuestra! ¡Son nuestros arios nibelungos!

—¿Arios? No me hagas reír, Alois —se burla—. Esos nibelungos no son más que reconstrucciones de los volsungos islandeses. Deberías leer más... y no precisamente vuestros libros, en alguno está escrito que Dante es alemán —lanza una sonora carcajada terminada en una fuerte tos que lo mantiene sentado doblándose de dolor.

El rostro del alemán se torna oscuro. Se levanta y tira los papeles al suelo echando mano a la funda de su arma con notable irritación. Camina mirando enloquecido sus propias botas deambular.

—¿Nos tachas de mentirosos? ¡Maldito británico! —articula vociferante, fuera de sí—
¿Acaso los franceses no han escrito que Beethoven es belga? —ironiza con sarcasmo realizando mandobles con la pistola.

—Guarda eso Alois, ¿o tienes intención de usarla? No te tenía por asesino de amigos moribundos —afirma con desdén.

—¿Asesinarte? ¿Quién hace reír a quién ahora? —dice despectivo—. Estamos en guerra, ¿recuerdas? Yo sólo cumplo órdenes.

—Sí, claro. Órdenes. ¿Como la de matar a tu compañero?

—¡Él era una insignificante rata judía!... Pero tienes razón. No era una orden... quizá haya que establecerla —enuncia ahora burlón bajando el tono y mirando asqueado el cuerpo de Blaskowicz.

—Tú... Tu ser es ahora la viva imagen que confirma que alemán, bárbaro o trol tienen el mismo significado. Así lo aplico en mi *legendarium* —apostilla Ronald.

—¿Y tú te consideras lingüista? —reprocha acercándose amenazante.

—Coinciden en la misma raíz etimológica —sermonea Ronald.

—No deberías reírte así del pueblo alemán, y menos cuando tienes uno armado delante —le golpea bruscamente en la cabeza con la parabellum.

—Lo llevo escrito en mi apellido: «temerario» sería su etimología más acertada; por cierto, de origen alemán. No me burlo Alois, ¿o debo decir Adolf Hi...?

Adolf, rabioso, le introduce el cañón de la P08 en la boca lo que le impide completar el verdadero apellido paterno. La mantiene así unos instantes y la aparta, ligeramente desconcertado. Ve caerle un hilo de sangre por la comisura de los labios.

—¿Sabes?, uno no debe renegar de su pasado. Yo no lo hago y tú deberías hacer lo mismo, Adolf... «el pequeño campesino» —insiste esta vez traduciendo el apellido—. Vamos, dilo... ¡di tu apellido real!

El rostro de Adolf se llena de ira. Incontenible, levanta de nuevo el arma, colocándola en la frente de Ronald. Lo observa cáustico.

—Esta guerra que no comprendes, a ti y a mí nos ha servido para algo —susurra Adolf, muy templado—. Una vez te di un consejo: uno debe hacer lo que mejor se le da. Tú has retomado la escritura. Gracias a mí.

—Y tú Adolf, ¿has averiguado ya lo que mejor se te da? —parafrasea, mientras levanta lentamente la vista, hasta cruzarse las miradas—. Nunca olvides que fue gracias a...

El ruido de los disparos ataja la frase. Adolf continúa apretando el gatillo que ahora produce unos chasquidos secos. Las cinco balas restantes del cargador ya habían cumplido su objetivo. Contempla ensimismado el ensangrentado brazo articulado del cerrojo, completamente erecto tras haber eyectado el último casquillo.

Laura estaba preciosa con su vestido de lana confeccionado con la espalda abierta en forma de uve, tipo cóctel, en blanco y negro a juego con el piano.

El concierto tuvo bastante buena acogida para tratarse de música contemporánea. Lo repetirá este año en distintas ciudades. Lo más aplaudido fue la desconocida «Sonata Melkor». Las notas al programa estaban escritas por un servidor:

«... interpretada junto a una excelente selección de clásicos del piano solista contemporáneo, como la décima «Mirada del niño Jesús», de Olivier Messiaen, el «estudio Otoño en Varsovia», de György Ligeti o la quinta «klavierstück», de Wolfgang Rihm, la «Sonata Melkor» es, sin duda, una de las obras más atractivas de la velada.

Esta obra, de reciente concepción, será la primera, según su autor, de una trilogía basada en los antagonistas de esa descomunal enealogía desarrollada por el escritor alemán A. A. H. Schicklgruber, que transcurre a lo largo de tres extensas y documentadas edades de su propia invención.

La primera de las tres trilogías presenta a su primer antagonista, que es precisamente el personaje que da título a la sonata. Una segunda, siempre según las palabras del compositor, Alexander Hollenius, que actualmente tiene en plena concepción, se titulará «Sonata Sauron»,

en referencia al antagonista de la segunda trilogía. De la tercera trilogía, el compositor sólo nos indica su título, «Sonata Saruman», y merece comentario aparte.

Como sin duda sabrán todos los buenos aficionados a la literatura contemporánea, a raíz de ciertas investigaciones sobre las letras «A» y «H» incluidas en la firma del autor, podría revelarse la verdadera identidad de Alois A. H. Schicklgruber. Estas recientes especulaciones universitarias británicas unidas a la reedición de la obra «La batalla del Campo del Este» del por ahora desconocido escritor británico, fallecido en la Primera Guerra Mundial en Francia, Ronald Tolkien, han detenido las posibles publicaciones siguientes. Se nos priva así del deseado final de la saga hasta que queden esclarecidas ambas personalidades (un videojuego ya ha basado su argumento en el «cotilleo» universitario).

Las investigaciones actuales han descubierto que la magna obra fue pergeñada en los años centrales de la Primera Gran Guerra, pero el primer manuscrito no fue encontrado hasta finales de la Segunda con la arcana dedicatoria «a mi único amigo, R.T.». Por tanto, hasta la futura publicación de los tres últimos volúmenes de la obra total sólo tendremos las breves reseñas aparecidas en las contraportadas de los seis libros anteriores. Libros que, por otra parte, siempre han sido de difícil adquisición; algo inexplicable en el mundo tecnológico y digital en el que vivimos. Yo los obtuve, afortunadamente, como consecuencia de un regalo que me hicieron mis padres tras su estancia en Venecia, adquiridos por casualidad en la famosa librería Acqua Alta (eran los últimos ejemplares; ya les ahorro yo el viaje).

Pero no nos desviemos y volvamos a lo musical.

La Sonata que vamos a escuchar a continuación nos sumerge magistralmente en el rico universo descrito por Schicklgruber en lo que él llama su *legendarium*.

Hablamos aquí del primer Señor oscuro, temido personaje que tiene su aparición desde la creación de Arda, equivalente fantástico de nuestra Tierra. Melkor es el hermano de Manwë, surgidos de la mente de su creador, Ilúvatar. La transcripción musical de estos tres personajes es sencillamente soberbia.

La tradicional Forma Sonata da pie a sostener esos tres elementos temáticos bien diferenciados a lo largo de su estructura tripartita; algo que, en las manos de la excelente pianista de origen alemán, Laura Wieck, cobrará inusitada vida e indefectiblemente les dejará con ganas de seguir lo que sin duda será una celeberrima trilogía pianística, basada en la no menos polémica obra «El Anillo del lobo»...

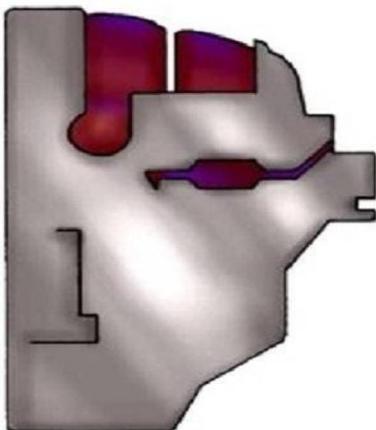
Julio Montero Rodríguez

“Soy Compositor y Pianista, miembro de la Asociación Gallega de Compositores. Me dedico a la docencia como Profesor de Fundamentos de Composición y suelo estrenar obras tanto en el ámbito de concierto como del audiovisual, en cortometrajes y series.

Como escritor no poseo curriculum, ya que este es mi primer relato, solo soy un buen aficionado a la lectura. Me gustaría seguir aprendiendo y poder aprender en algún taller”.

Algunos de nuestros colaboradores

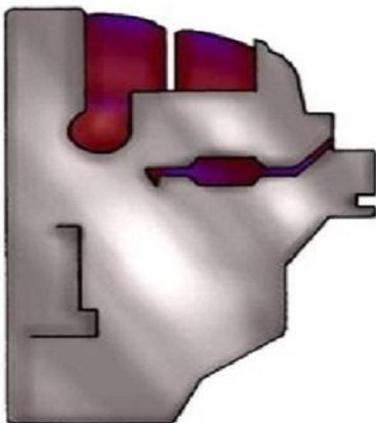
T
E
R
B
I



Juan José Aroz
editor **espiral** ciencia ficción

Últimos libros disponibles de la colección Espiral Ciencia Ficción. Pregunta por la oferta que tienen en: ecf1994@gmail.com

T
E
R
B
I

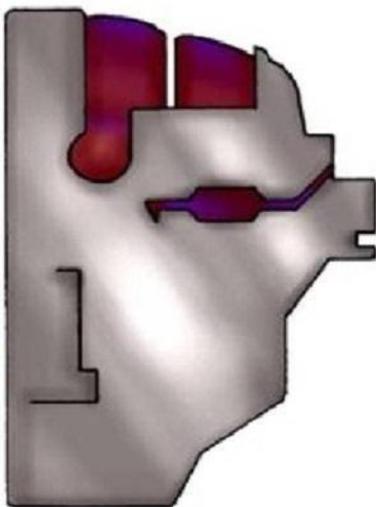


Mariano Villarreal

Administrador del portal **Literatura Fantástica**
<http://literfan.cyberdark.net>

Es administrador del portal web *Literatura Fantástica* y miembro de la AEFCFT, de la que fue administrador de los Premios Ignotus durante cinco años. Ha sido seleccionador de las antologías *Fabricante de sueños 2000* y *Visiones 2006*, ha colaborado en diversos medios especializados (*BEM*, *Solaris*, *Hélice*), desarrollado la línea de ficción del sello PortalEditions durante un año, además de ser jurado en varios premios como el Xatafi— Cyberdark de la crítica especializada en literatura fantástica, El Melocotón Mecánico, Los Sueños del Espantapájaros y el Astro de Ficción Científica.

T
E
R
B
I



Ángel Rodríguez

Su primera lectura de C—F es del 1970 con *Yo. Robot*. Desde entonces no ha parado de leer. Fundador del primer grupo escéptico *Alternativa Racional a la Pseudociencias*. Organizador y fundador del primer grupo de estudio de la obra de un autor de ciencia ficción español en España **Amigos de Ángel Torres Quesada**. Co—autor del fanzine **Mundo Olvidado**, que se entregaba junto al fanzine “El Fantasma”. Colaborador de **Augusto Uribe** en el listado de bolsilibros de ciencia ficción así como la ordenación de las obras de Torres Quesada junto a Uribe y Cidoncha, también colaboró con varias críticas a libros en las hojas de Uribe. Miembro desde casi su fundación de la tertulia de Bilbao TERBI.

Seleccionador de **Fabricantes de sueños 2006**.
Colaborador de varios autores, revisando sus originales.



Alt64 es una asociación afín a la TerBi, cuyo principal proyecto es la construcción de una enciclopedia on—line sobre ciencia ficción.

La enciclopedia, en formato wiki y bajo licencia GNU FDL, está abierta a la colaboración por parte de todo aficionado que lo solicite. Sus contenidos abarcan desde biografías de los autores y comentarios a sus obras (sean literatura, cine, televisión o cómic), hasta artículos acerca de la propia ciencia ficción y conceptos fundamentales dentro del género.

Actualmente cuenta con más de tres mil artículos y ha recibido cerca de diez millones de consultas en los últimos seis años.

Su dirección web: www/alt64.org/wiki/

Joserra Vila



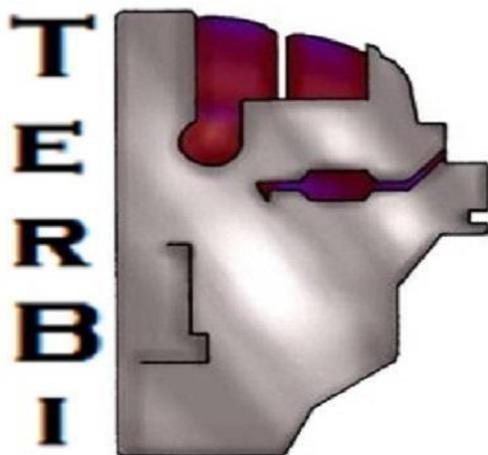
El primer relato publicado de Txerra fue *Su seguro servidor* en la revista electrónica Axxon nº 162 <http://axxon.com.ar/rev/162/c—162cuento5.htm>.

Más tarde ha publicado en papel *Generación espontánea*, en la antología GRAGEAS, Cuentos breves de todo el mundo (Ediciones Desde la Gente), *Ne frustra vixisse videar* seleccionado para Mundos desconocidos (Libro Andrómeda), *Tafiofobia* seleccionado para el **Visiones 2008** (AEFCFyT).

Recientemente, ha ganado el **II premio Cryptshow Festival** en la modalidad Ciencia Ficción con el relato *Frías máquinas, almas de metal*.

Se pueden encontrar algunos de sus relatos en el blog: <http://txerra-desdeelrinconoscuro.blogspot.com/>

Ricardo Manzanaro



Presidente de la TerBi. Mantiene un blog sobre actualidad de literatura y cine de ciencia-ficción: <http://notcf.blogspot.com>

Escritor de relatos de ciencia-ficción y terror y dos novelas cortas: “Sin castigo”

(http://www.ficcioncientifica.com/pages/sin_castigo) y “ADN Gestión” <https://www.ciencia-ficcion.com/autores/biblioteca/bsdcfnovelas.htm>



ACTIVIDADES E INICIATIVAS DE LA TerBi



**TerBi, Asociación Vasca
de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror**
<http://terbicf.blogspot.com> terbicf@gmail.com

La TerBi es una asociación cultural sin ánimo de lucro. Nuestro objetivo principal es la difusión del género fantástico en sus diferentes medios, principalmente el literario.

Los socios de la TerBi abonan una cantidad simbólica de 10 euros anuales por ingreso/transferencia en

BBK Nº cta. 2095.0350.40.91-1053337-8

Si te gusta el género fantástico, eres bienvenido a tomarte un café con nosotros. Estaremos encantados de conocerte.



¿QUIERES SABER MAS...?

NOS PUEDES ENCONTRAR EN:

<http://terbicf.blogspot.com/>

<http://notcf.blogspot.com/>

En el Grupo **TerBi** de Facebook

**Y puedes ver nuestras Jornadas en el
Canal TerBiCF de YouTube:**

[HTTPS://WWW.YOUTUBE.COM/USER/TERBICFF/VIDEOS](https://www.youtube.com/user/terbicff/videos)